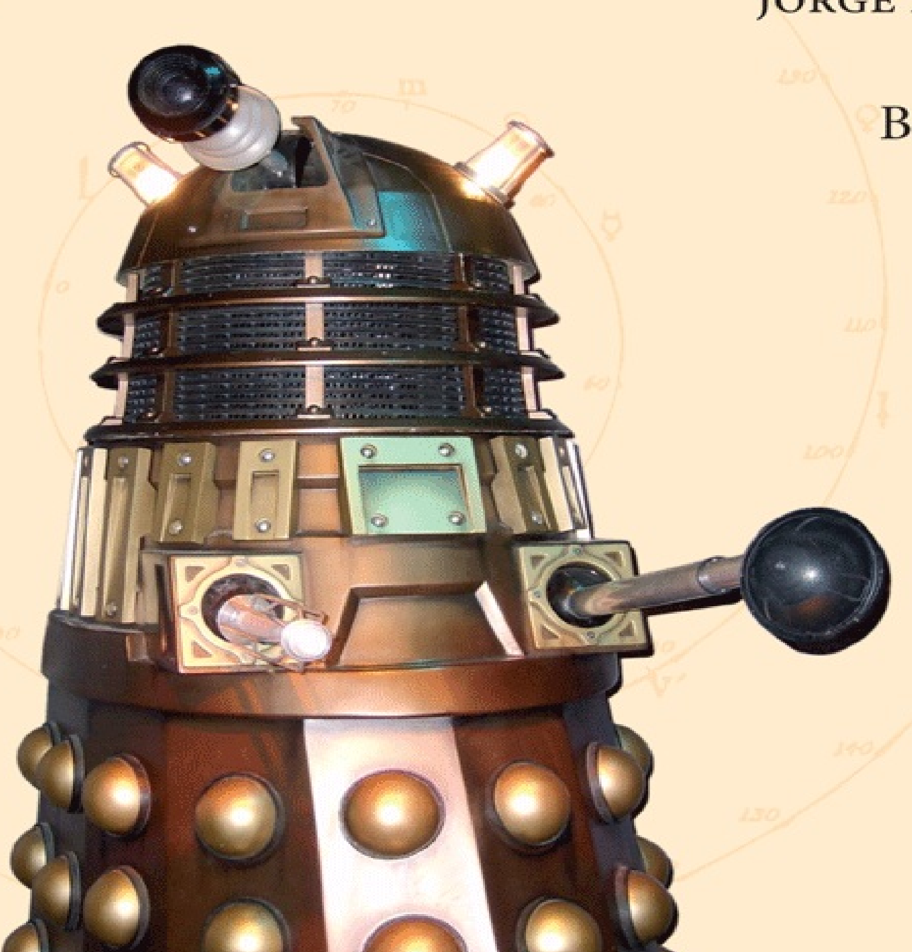
¿Sueñan los androides con alpacas eléctricas?

Antología de ciencia ficción contemporánea latinoamericana

Jorge Aristizábal Gáfaro
Jorge Enrique Lage
Bernardo Fernández
José Urriola
Pedro Mairal
Carlos Yushimito







Una campaña de fomento
a la lectura de la secretaría
de cultura recreación y deporte
y el instituto distrital
de las artes – idartes

Circulación
libro al viento
gratuita

Ficciones de Latinoamérica

Cuentos

Jorge Aristizábal Gáfaro
Jorge Enrique Lage
Bernardo Fernandez
José Urriola
Pedro Mairal
Carlos Yushimito

Alcaldía Mayor de Bogotá
Gustavo Petro Urrego, Alcalde Mayor de Bogotá

Secretaría distrital de Cultura, Recreación y Deporte
Clarisa Ruiz Correal, Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte

Instituto Distrital de las Artes – Idartes
Santiago Trujillo Escobar, Director General
Bertha Quintero Medina, Subdirectora de Artes
Paola Caballero Daza, Gerente del Área de Literatura
Valentín Ortiz Díaz, Asesor
Paola Cárdenas Jaramillo, Coordinadora de Programas de Lectura
Javier Rojas Forero, Asesor administrativo
Laura Acero Polanía, Asistente de dimensión

Secretaría de Educación del Distrito
Óscar Sánchez Jaramillo, Secretario de Educación
Nohora Patricia Buriticá Céspedes, Subsecretaria de Calidad y Pertinencia
José Miguel Villareal Barón, Directora de Educación Preescolar y Básica
Sara Clemencia Hernández Jiménez, Luz Ángela Campos Vargas,
Carmen Cecilia González Cristancho, Equipo de Lectura, Escritura y Oralidad

Primera edición: Bogotá, noviembre de 2012

www.institutodelasartes.gov.co

Isbn 978-958-57317-8-3

Edición: Antonio García Ángel
Diseño gráfico: Óscar Pinto Siabatto
Armada eBook: eLibros Editorial

Contenido

Presentación

I

La pretensión de definir un género narrativo está plagada de dificultades. Generalmente es más reconocible el centro que los límites de esa definición, y en esas fronteras, siempre borrosas, esas zonas indeterminadas, es donde se corre el peligro de ser vaporoso e impreciso, o sectario y de mente estrecha. El crítico David Seed[1] nos cuenta que para Hugo Gernsback, fundador de *Amazing Stories*, la primera revista especializada en el tema, la ciencia ficción es una combinación de romance, ciencia y profecía; el escritor Robert Henlein, por su parte, afirma que se trata de una «especulación realista sobre eventos futuros»; el crítico especializado Darko Suvin, a su vez, considera que es un género basado en una alternativa imaginaria al ambiente del lector. De otro lado, existe el debate de si es una variante de la literatura fantástica o de la literatura histórica.

¿Quién tiene la razón? Probablemente todos, porque la literatura, cuando es buena, es elusiva y se resiste a los moldes, las categorías, las prescripciones. Más que a definir la ciencia ficción, podemos aspirar a describirla, a reconocer la variedad y la riqueza de sus temas, así como la intersección de otros géneros y subgéneros. Podemos afirmar que existe un componente tecnológico en la mayoría de sus narraciones, pero no por eso debemos colegir que toda narración de ciencia ficción es *acerca del futuro*. La forma más cruda de leer a un escritor es preguntarse si tenía razón o fue desmentido por el futuro del cual escribió. Valdría más pensar la ciencia ficción como una pregunta sobre el *presente*, la cual se manifiesta en narraciones donde el escritor exagera, contradice o suprime algunos rasgos o elementos contemporáneos a la realidad que circunda su escritura.

Los debates y querellas siguen abiertos y están lejos de cerrarse, al punto que podríamos suponer que tal condición es una característica del género.

II

La aparición del género también ha sido motivo de incordios. Algunos historiadores, merced a *La historia verdadera*, de Luciano de Samosata, donde se narra un viaje a la luna, han situado el punto de partida en el siglo II de nuestra era. Otros lo han fijado en el Renacimiento, con obras como *Utopía* (1516) de Tomás Moro y *El hombre en la luna* (1638) de Francis Godwin. La Revolución Industrial, con la aparición en 1818 de *Frankenstein*, escrito por Mary Shelley, suele ser otro génesis acostumbrado.

Seed prefiere situar ese momento germinal en el tardío siglo xix, cuando aparece y empieza a utilizarse el término «ciencia ficción» para agrupar el tipo de narraciones que nos ocupa en esta nota introductoria. A partir, digamos, de 1870, surgieron múltiples utopías, relatos de guerras futuras y otras manifestaciones agrupables dentro del género. Desde entonces hasta la Primera Guerra Mundial vino un extraordinario y rápido avance tecnológico, con la expansión de la energía eléctrica, la llegada de los aviones, el desarrollo de la radio y el cine, la proliferación de la prensa popular, así como el surgimiento de amenazas globales y conflictos a gran escala. Ahí están los elementos que brindaron el marco para el crecimiento y desarrollo de la ciencia ficción.

III

No trataremos aquí la evolución del género ni la reseña de sus cultores más relevantes. Existen suficientes manuales que permiten trazar el recorrido desde Julio Verne hasta Ursula K. Le Guin, desde la proto ciencia ficción hasta el postcyberpunk. Nos ocuparemos de la ciencia ficción en América Latina, tema de esta antología. Si bien las fuentes para una reseña exhaustiva del asunto son escasas, el escritor argentino Elvio E. Gandolfo sitúa la aparición del género en su vertiente latinoamericana en 1898, con la aparición de *El socialismo triunfante: lo que será mi país dentro de 200 años*, novela escrita por el uruguayo Francisco Piria. Una utopía en la que el protagonista toma una droga que le permite dormir durante dos siglos y despertar en una sociedad perfecta con reminiscencias helénicas. Otra

referencia temprana data de 1926, cuando el escritor infantil Monteiro Lobato publica *El presidente negro o El choque de las razas*, texto en el que cuenta, en tono bastante racista, la aniquilación masiva de negros en Estados Unidos. El texto prefigura las macabras técnicas del nazismo europeo, aún incipiente.

En Colombia podemos dar crédito al escritor barranquillero José Félix Fuenmayor, en fecha tan temprana como 1928, como el precursor del género. Su novela *Una triste aventura de catorce sabios*, sátira en la línea de *Los viajes de Gulliver* de Swift, pretende burlarse del fetichismo científico. Cuatro años más tarde, en 1932, José Antonio Osorio Lizarazo escribe *Barranquilla 2132*, cuya historia de un hombre que duerme hasta despertar dos siglos más tarde nos recuerda la utopía uruguaya de Piria. En 1936, el monteriano Manuel Francisco Sliger Vergara publica *Viajes interplanetarios en Zeppelines que tendrán lugar en el año 2009*, el primer texto colombiano en el que aparecen extraterrestres. Los tres libros han sido rescatados y en la actualidad se encuentran en circulación, disponibles para curiosos y estudiosos de estos primeros parpadeos en el despertar de este género.

Pasaría algún tiempo antes de que René Rebetez (1933-1999) escribiera en 1966 el primer ensayo colombiano sobre el género, titulado *Ciencia ficción: la cuarta dimensión de la literatura*. Debemos dar crédito a Rebetez por su obra y también por antologías como *Contemporáneos del porvenir* (2000), que le dieron un lugar destacado en la incipiente producción nacional de ciencia ficción.

En Latinoamérica, sin embargo, la ciencia ficción ha sido visitada por algunas de las mejores plumas del continente. Relatos como *Tlön, Uqbar Orbis Tertius* (1940) de Borges, *Muebles «El Canario»* (1947) de Felisberto Hernández, o novelas como *La invención de Morel* (1940) de Bioy Casares, no sólo pertenecen al género sino que son verdaderas obras maestras.

IV

Presentamos a los lectores de *Libro al Viento* seis relatos que muestran un panorama de la producción latinoamericana actual en torno al género. *La delación*, del colombiano Jorge Aristizábal Gáfaro, entrecruza en clave

paródica un relato romántico y una guerra intergaláctica entre dos especies alienígenas rivales que combaten secretamente en la Tierra. *Straight*, del cubano Jorge Enrique Lage, explora los vericuetos de una sociedad en la que el homosexualismo es la norma y se impone por la fuerza. *Las últimas horas de los últimos días*, del mexicano Bernardo Fernandez, aborda una historia apocalíptica signada por la escasez y la barbarie, suerte de oscuro relato de carretera en el que también cabe una historia de amor. *La droga*, del venezolano José Urriola, se interna en los laberintos mentales de un hombre consumido por la adicción a un fármaco que él mismo ha inventado, vano simulacro del amor. *Recuerdo del 2030*, del argentino Pedro Mairal, describe una sociedad autoritaria, especie de distopía orwelliana en donde se exploran las relaciones familiares y la pulsión de libertad. Y finalmente *Oz*, del peruano Carlos Yushimito, explora la relación entre un anciano decadente y su vetusto robot oxidado, dos personajes que conocieron mejores tiempos y ahora marchan juntos hacia su inminente destrucción.

Al hacer esta selección pretendimos abordar diferentes temáticas relativas a la ciencia ficción, pero sobre todo brindarles a los lectores de *Libro al Viento* un grupo de textos de gran calidad. Esperamos que, antes de que los alienígenas se tomen la Tierra, los humanos se fabriquen en serie, un meteorito acabe con el planeta, una droga sintética reemplace los sentimientos, casi la mitad de la población urbana esté presa o nuestra soledad sea mitigada por un robot, puedan ustedes disfrutar de estas buenas páginas.

ANTONIO GARCÍA ÁNGEL

[1] David Seed, *Science Fiction: A Very Short Introduction*, Oxford University Press, Nueva York, 2011.

Ficciones de Latinoamérica

Cuentos



La delación

Es cierto que las Gracias fueron tres,
pero jamás se las pinta hablando entre sí;
constituyen una trinidad silenciosa.

S. Kierkegaard

I

No diré cómo supe lo ocurrido entre Silvia, mi vecina del 402, y las entidades que después de llevarla al cielo, la devolvieron al Park Way, entonces convertido en infierno para ella. Esta es la historia:

Hace muchos siglos, los Skultor expulsaron a los Fórnax de la undécima dimensión de Sagitario, condenándolos a vagabundear clandestinos por el universo. Para recuperar su hogar, los Fórnax recurrieron a estrategias que habrían sido efectivas si los Skultor no hubieran desarrollado el exterminio telegenético. Mediante tal procedimiento, la captura de un solo rebelde implicaba la extinción unánime de la especie Fórnax.

Estos a su vez, descubrieron que el cromo sometido a sublimación fractal proporcionaba un gas para liquidar a los usurpadores. Sin embargo, el metal sólo podía obtenerse en la Tierra y a condición de un secreto arribo: como ellos, los Skultor leían nuestro pensamiento y mantenían un centro de psicoobservadores dedicados a captar toda experiencia humana con extraterrestres. Tales sujetos evaluaban los contactos —muchos falsos, otros ciertos— pero únicamente impartirían órdenes de intervención en caso de alguna presencia Fórnax.

Pese a la amenaza del holocausto telegenético, los expulsados decidieron arriesgarse. La junta planificadora prefijó como condiciones de ejecución rapidez y sigilo. Lo primero exigía en tiempo una operación no superior a una hora Fórnax —por razones cuánticas, sesenta años terrestres—. Lo segundo, una acción individual, indirecta en ciertas fases y distante de los centros científicos de la Tierra. Con tales premisas, dicha junta eligió a uno de sus oficiales más notables y le ordenó trasladarse a la zona de los Andes,

donde ubicaría a un humano para, de modo imperceptible, capacitarlo e inducirlo a la obtención del cromo.

Fue así como el oficial Fórnax llegó a Bogotá y escogió a mi vecina del 402. Silvia acababa de perder su empleo en el noticiero de televisión luego de un lamentable descenso: por algunas infortunadas frases pronunciadas al aire, pasó de presentadora a reportera de farándula y de ahí, al asfalto, cuando el director, tan drástico como salaz, decidió que sus informes carecían de imaginación. Además, por aquellos días padecía un duelo amoroso, lo cual la perfilaba como sujeto ideal para los planes Fórnax.

II

Hija de padre suizo y madre caribeña, mi vecina lucía impune sus veinticinco años y una sensualidad provocadora de no pocos problemas. Tenía el cabello agreste, ojos para la penumbra y unos dientes grandes e injuriosamente cómplices de sus labios perversos. Solía tornar almíbar los aceites con que, después del baño, ungía la piel entre dorada y rosa de sus brazos, sus senos, su vientre, sus largas piernas…

El agente Fórnax la contactó por el *Facebook* y se las arregló para merecer algunas confidencias. Luego adivinó su ideal de hombre, le aventuró una cita y con el nombre de Carlos y la apariencia de un astro del cine, se le presentó. Al verlo, Silvia perdió el aliento. Durante la comida le habló de sus gustos, aficiones, desengaños. Más tarde, al bailar, fue indulgente al sentir que carecía de ritmo. Él, en cambio, no tuvo clemencia con sus ansias y aquella misma noche, y por las tres siguientes, la hizo gemir de cataclismos íntimos.

Saciada y feliz, Silvia le expresó el temor de limitar sus relaciones a lo físico. Esperaba, además, ternura y proponía tiempo en aras del conocimiento mutuo. En obediencia, Carlos la colmó de arrullos y caricias cuya alternancia con palabras dulces, frases sabias y silencios apacibles, tuvieron el efecto de que otra vez las frondas del Park Way se vieran perturbadas por el disturbio de sus desafueros.

Pero había que darle pausas al encierro. Mi vecina necesitaba aire y exhibirse con aquel amante que la enorgullecía. De la mano de Carlos, la

ilusión del amor la encaminó por una ciudad que vio nueva. El sábado recorrieron La Candelaria, asistieron a una exhibición de arte en la Luis Ángel Arango, oyeron un recital de piano en el Teatro Colón y a la medianoche se besaron bajo la luz ambarina, bellísima, de la Plaza de Bolívar. El domingo siguieron la ciclovía de la calle 26, escudriñaron las estrellas en el Planetario, almorzaron en la Zona T, comieron helado en el Centro Andino y entraron a ver *La guerra de los mundos*.

El lunes, Silvia anunció que no era día de salida. El apartamento delataba sus desmanes, así que con el pelo recogido y vestida apenas con un *top* y unos *shorts*, se puso a gatas para fregar el piso. Molesta porque él sólo la miraba, le preguntó sonriendo si no tenía algo mejor que hacer. Él simplemente la tomó de un brazo, la estrechó contra su cuerpo y comenzó a infligirle sus embates de físico y ternura.

Desde su languidez, Silvia lamentó no encontrar quién se ocupara de la ropa y la limpieza. Carlos atendió el requiebro y, tras sumirla en un plácido sueño, se armó de escobas y jabones y dejó el apartamento reluciente. A mi vecina se le saltaron las lágrimas y se le estremeció el vientre cuando al despertar, él, vestido apenas con un *top* y unos *shorts*, le llevó a la cama el desayuno adornado con una margarita blanca.

Había de llegar, sin embargo, la primera pelea. Ante la avaricia intransigente de un cajero automático, Silvia, pálida de ira, se quejó de haber gastado mucho en las últimas semanas, de no tener empleo y sí excesivas deudas. Estaba en quiebra. Le preguntó si trabajaba, y cuando él guardó silencio, quiso saber de qué vivía. Ante otro silencio, ella explotó y juró que por muy bello, tierno y apasionado que fuera su hombre, no estaba dispuesta a mantenerlo. Abandonado a las luces del Park Way, él comprendió la causa de la crisis; fue al cajero y regresó al apartamento con una suma que, abrumándola, renovó en Silvia el respeto y el asombro. Con un fajo similar cada mañana, mantendrían a raya aquel motivo de discordia.

III

El romance siguió vertiendo mieles. Pero mientras que para ella eran las semanas más intensas de su vida, para él sólo eran unos segundos en la ejecución de su tarea. Las fases iniciales, contactar al humano y detectar las

fuentes de cromo, estaban cubiertas a satisfacción. Empero, la de adiestramiento debía llevarse con cautela y únicamente cuando fuera incondicional la sumisión de aquel gracioso organismo, cuyas previsibles reacciones, de no ser atendidas plena y oportunamente, podrían precipitar la criminal brutalidad de los Skultor.

Ignorante de tales cálculos, Silvia se entregaba a la euforia de gastar dinero. Compraba adornos para el apartamento y vestidos y artículos para ambos en las distintas incursiones en Unicentro, Bulevar y Centro Andino, de donde salían buscándose las sonrisas y los besos por entre los paquetes.

En cierta ocasión, mientras hacían fila ante un puesto de pago, un individuo de ojos febriles y dedos ligeros manoseó a Silvia. Carlos vio la escena sin inmutarse, de suerte que al dejar la tienda ella desfogó su indignación, impugnó su indiferencia y le recriminó su falta de carácter. La tarde siguiente, cuando esperaban un taxi frente a la Hacienda Santa Bárbara, tres sujetos malolientes los rodearon y le arrancaron a mi vecina su Cartier. Carlos los alcanzó y golpeó con inhumana violencia. Gracias a algunos oportunos, Silvia impidió un cruento descenlace, pero durante días y sólo hasta que él le llevó un tierno schnauzer, le estuvo viendo con temor las manos poderosas.

Las impresiones de aquel episodio restaron entusiasmo a las salidas. El apartamento, ahora con perro, era opresivo, y a Silvia, por el perro, le resultaba insoportable ir en taxi. Entonces comenzó a cuestionarse cómo era posible que un hombre tan adinerado no tuviera auto. Carlos le leyó la mente y a la mañana siguiente puso frente al edificio un bmw cero kilómetros, color rojo, cuyas líneas se hicieron más espectaculares cuando él, dándole las llaves, le suplicó que lo condujera. Aquel día no salieron del apartamento. Pero al siguiente y con el schnauzer en las ventanillas, recorrieron la ciudad, pasearon por la Sabana y visitaron la represa del Neusa. El viernes, sumándose a una festiva caravana, viajaron a Cali, donde Carlos, luego de varios días de frenético baile, probó que sí tenía ritmo.

Ante el efecto del BMW, él le llevó otro azul que ella rechazó por considerarlo una extravagancia. Aclarado el error, retomaron sus salidas de consumo y solaz, hasta cuando Silvia, bajo las molestias de un periodo, las interrumpió al decirle que estaba jarta de la farsa. Sabía que él era un mafioso, pero por nada del mundo seguiría siendo la mujer de un narco. No

la enredaría en sus negocios, ni mucho menos la usaría de mula; así que podía irse al infierno con su sucia plata, su asqueroso bm y su mugroso perro.

Otra vez en el prado del Park Way, Carlos aclaró el enigma. Al día siguiente, mientras los empleados de una casa musical se valían de poleas para subir a la azotea del edificio un piano de cola, le mostró a Silvia una cédula de ciudadanía en donde por segundo apellido figuraba un Puyana. A cambio de más explicaciones, se sentó al piano e interpretó al aire libre las sonatas de Mozart escuchadas en el Colón, con un virtuosismo que hizo enrojecer de vergüenza a mi vecina.

IV

Pero un piano y un perro a la intemperie eran barbarie para Silvia, y en la sala abigarrada del apartamento expresó su deseo de tener una casa amplia, con jardín y chimenea. Perdió el habla cuando en Altos de Yerbabuena, Carlos la invitó a tomar posesión de la mansión de sus sueños. Pasadas dos semanas, la tenían amoblada y con una servidumbre dispuesta a atender a los padres, amigos y compañeros de Silvia, invitados a la inauguración.

Sus amigas, al comprobar todo cuanto ella les había contado y sin poder disimular la envidia, desplegaron con descaro sus recursos para seducir a Carlos. Al percatarse, Silvia lo llamó aparte y le recriminó su excesiva amabilidad, pero al final, entre sollozos, le pidió perdón y prometió controlar sus celos. Lejos de irritarse, él la consoló y en adelante fue de mármol ante toda palabra, sonrisa o roce de las abusivas.

Una mañana, al sabor del desayuno en el jardín luminoso, cuando ya los padres de Silvia, complacidos por la invitación a la fiesta, hubieron tornado a su casa frente al mar, mi vecina evocó con humor sus objeciones: para el buen señor, era excesivo el academicismo, casi maquinal, de Carlos a la hora de tocar el piano. Para la buena señora, la casa era amplia y exquisita, pero fría; el perro, bonito, pero muy inquieto; y el yerno, guapo y elegante, pero como todos los hombres, tarde o temprano se sacaría las uñas. Aún así, la señora se preguntaba si no sería mejor formalizar aquellas relaciones. Al respecto, Silvia extrañó que hasta la fecha Carlos no le hubiese propuesto

matrimonio. Iba a comenzar a lamentarse, pero él la interrumpió con la petición susurrada al oído y un anillo que hizo palidecer al sol.

V

La boda se realizó en la iglesia de Santa María de los Ángeles, y la recepción, en la Fontana. La ruta del rito se iluminó al paso de la novia cuya faz parecía haber sido alcanzada por la mirada de Dios. Se sentía bendecida y tan plena de santidad, que primero en el altar y después durante el vals, creyó levitar de la mano de su esposo. La pureza de su expresión difuminó el rictus fiscal de los padres, hizo ruborizar de culpa al director del noticiero y hasta las amigas más envidiosas sucumbieron de respeto y piedad cuando la vieron partir a sus lunas en las islas griegas.

De regreso, Silvia, con una serenidad de vestal, daba cuenta de la dicha que ni en sueños hubiera vislumbrado. Carlos, desde el piano y con notas menos rígidas, parecía expresar igual sentimiento. Se mostraba tranquilo, pues el tiempo vivido en la Tierra equivalía a segundos de la hora prevista para ejecutar su peligrosa y definitiva misión. Aun así, le sugirió a Silvia iniciar algunos estudios de informática, útiles para emprender un proyecto promisorio. Ella repuso que quería tener hijos, muchos hijos, cuatro o seis, y que sólo entonces lo satisfaría. No tardó en arrepentirse: se creyó mezquina ante el hombre que jamás había desatendido sus caprichos y anduvo días angustiada, acusándose de su egoísmo. Él, por su parte, hizo cuentas y encontró que no debía preocuparse: cuatro, seis u ocho hijos le tomarían a lo sumo diez minutos y aun así le sobraría tiempo.

Mi vecina no soportó más. Una noche, ante los resplandores de la chimenea, se arrodilló a su lado, le apartó las manos de marfil y con la mirada baja le aseguró que los hijos podían esperar; sabía que lo del estudio era por su bien y estaba dispuesto a obedecerlo. Carlos, amoroso, le acarició los cabellos, le respondió que no había prisa y que conforme ella lo deseara, tendrían sus hijos. Fue entonces cuando Silvia levantó el rostro y uniendo las palmas en gesto de adoración, pronunció la más infortunada de sus frases:

—Tú no pareces humano. ¡Eres un ángel! ¡Eres un ser de otro mundo!

Al captar aquellas palabras, los psicoobservadores de Skultor dirigieron su atención a Bogotá, verificaron datos y al instante ordenaron la captura de Carlos. Ante el asombro de Silvia, una corona de luz púrpura rodeó la cabeza de su esposo, lo convirtió en un haz brillante de partículas azules y lo fue absorbiendo hasta hacerlo desaparecer en medio de un sonido agudo y desgarrador. Como el schnauzer no cesara de dar saltos y ladrar, una fosforescencia lo envolvió y lo redujo a un humeante montículo de pelos.

Consternada por aquellas visiones, Silvia se llevó las manos al rostro y prorrumpió en gritos de horror. Iba a huir, cuando un oficial Skultor, en aparición hologramática, se le presentó, le explicó su guerra con los Fórnax y el engaño al que la habrían sometido durante los próximos sesenta años si ella no hubiera descubierto al impostor. En gratitud por la delación, gracias a la cual se logró el exterminio de la especie enemiga, el oficial le colgó un collar de aluminio y piedras pómez, elementos que, recalcó, eran los más preciosos de Skultor. Acto seguido emitió unos sonidos ridículos y desapareció.

VI

Silvia no tuvo que llorar. En las semanas siguientes, decenas de empresas, alegando hábiles defraudaciones, le quitaron hasta el piano. Debió volver al 402, donde recurrió al silencio para evitar la compasión paterna y al cerrojo para alejar a las amigas que, indignadas, exigían saber los pormenores del divorcio. Ni siquiera el director, con sus ruegos de que volviera al noticiero, pudo hacerla reaccionar. Y ahí sigue: culpándose por la felicidad y la civilización perdidas; hablando sola y mirando perpleja el collar de aluminio y piedras pómez. Todo el Park Way lamenta su demencia: en las noches se asoma a la ventana para insultar al firmamento.

JORGE ARISTIZÁBAL GÁFARO (1964)

Novelista, ensayista y cuentista bogotano. Fue Premio Nacional de Literatura, ICDT, 2000, y Beca Nacional de Investigación en Estudios Culturales, Ministerio de Cultura, 1999. Es profesor universitario en las áreas de Literatura y Semiología. Entre su producción se cuenta la novela *El espía de la lluvia* (Mondadori, 2008), y los libros de relatos *Cuentos de escalofrío* (Panamericana, 2008) y *Grammatical Psycho* (Ediciones B, 2012).

STRAIGHT

La vi por primera vez en un parquecito escondido de la Universidad. Me fijé en su busto y en el busto verdeoxidado que la vigilaba.

—Buenas —dije sentándome a su lado.

Le pregunté la hora. Elogié su pelo. Hice un comentario brillante sobre la inestabilidad política de las colonias marcianas. Le conté las últimas cuatro pesadillas que había tenido. Hablé de los gorriones y los cometas. Le dije que yo era un vago y un inútil que lo único que hacía en la vida era leer y escribir, o sea, una manera elegante de decir que no haces nada.

Como resultado de todo eso, averigüé tres cosas:

1) Tenía una sonrisa capaz de cambiarle la órbita al Halley.

2) Era estudiante de Física Nuclear.

3) Estaba esperando a su novia.

Su novia. Claro. El mundo está configurado con leyes inamovibles. Qué le vamos a hacer.

Miré el busto frente a mí (el de ella, más lejano aún, subía y bajaba al ritmo imperceptible de su respiración): la capa de verdeóxido se deslizaba lentamente y de pronto reconocí al viejo Paul Dirac guiñándome un ojo.

Física Nuclear.

—Una vez leí algo sobre la antimateria —aventuré—. Electrones, positrones..., tiene que ver con eso, ¿no?

—Tiene que ver. —Noté la diversión en sus ojos, y a continuación aprendí que los positrones sí forman parte de la antimateria, pero de ninguna manera pueden compartir (dijo: *coexistir*) con los electrones. Son antipartículas, tienen carga opuesta. Cuando chocan (dijo: *colisionan*) se destruyen ambas y sólo queda energía, o sea...

—Una manera elegante de decir que no queda nada —me miró sonriendo con los ojos y el busto. Silencio cargado de nervios.

—Yo pensaba que los opuestos se atraían —dije, confundido.

—Error. Los opuestos se aniquilan.

Dirac dejó de sonreír. Ella también. Una muchacha salió de atrás del busto que ya no era del viejo Paul sino de Steve Hawking, creo. El busto de ella se levantó y dijo que tenía que irse. La recién llegada era su novia.

Se besaron (tuve una erección que se duplicó cuando ella puso sus ojos en mí... más tiempo de lo normal para decir un simple Chao) y se fueron. Tomadas de la mano.

En mi cabeza acababa de formarse un agujero negro con su perfil y sus medidas.

Y por supuesto, había olvidado preguntarle su nombre.

Esta va a ser una historia DIFERENTE. Nada de chico conoce chico, chico y chico se enamoran, chico muere en un accidente aeromovilístico, etcétera. Nada de triángulos amorosos chica-chica-chica. Nada que huela a pornografía oficial. En fin, nada de lo que ustedes están acostumbrados a leer.

Empezaré por el principio.

Allá por los años del Período Espacial, mi padre —Juan Carlos— y mi padre —Hugo— decidieron poner fin a cuarenta y ocho horas de noviazgo casándose en el yate familiar, un par de millas al norte de las ruinas del Morro. Luego compraron un apartamento bajo en el multiresidencial más multideprimente de Nuevo Nuevo Vedado, donde instalaron su flamante matrimonio basado en el modelo *trans*, es decir, a la antigua. Mis padres siempre han sido muy anticuados; quizás por eso no tuvieron que esperar mucho para recibir el permiso de reproducción. El resto es lo que ustedes ya conocen: dos espermatozoides, uno de cada padre, cuidadosamente (aseguran) seleccionados para fundir su material genético en el óvulo vacío de una donante del Gobierno. Y después de nueve meses en cualquier cámara embriogénica del Palacio de la Fertilidad, sección masculina, nací yo.

Hasta aquí, todo normal. Prosigamos:

En la escuela no sólo te enseñan a leer y a escribir y a manejar armas de fuego; eso está claro. POR DEBAJO de las enseñanzas habituales se desliza otro tipo de enseñanza: en las lecturas, las canciones, los juegos permitidos, los videogramas, las peroratas de la profesora de Educación Cívica, y en fila doble, vamos, denle la mano al compañerito(a) de al lado. Fuera de la escuela continúa el bombardeo subliminal en las pantallas publicitarias, los programas de televisión y las películas para niños, el tono cómplice en la voz de mi abuelo: vamos, cuéntame, seguro que ya tienes algún noviecito escondido por ahí, ¿eh? Y casi sin darte cuenta aprendes a convivir con esa incomodidad que no sabes de dónde salió, ni por qué salió.

Pues bien, pasaron los años, sin otra novedad que la persistencia de mi condición DIFERENTE, junto con el descubrimiento de que la sociedad suele ser implacable en sus juicios estéticos y morales. Por suerte, supe arreglármelas para no levantar sospechas... o para postergarlas el mayor tiempo posible. Entre otras hazañas, nunca, nunca y nunca, durante aquellos primeros años, me desvié *visiblemente* en el trato con mis amistades femeninas. En otras palabras, nunca me dio por cuestionar la validez del precepto imperante: el sexo opuesto es eso mismo, el sexo OPUESTO, y punto.

Pero ahora es cuando viene lo bueno.

Concluido el período de educación obligatoria (gratuita), mis padres me matricularon en la escuela de tercer nivel más prestigiosa (más cara) de La Habana, ubicada en las afueras de la ciudad. Le llamaban Escuela Vocacional, porque supuestamente era allí donde los estudiantes, miembros selectos de la juventud metropolitana, descubrían su verdadera vocación. Y en efecto, allí conocí a muchachas que descubrieron su verdadera vocación (variante intelectual, no por eso menos putas) cediendo a la lascivia de las profesoras para conseguir un aprobado; allí cualquiera de tus compañeros de aula podía dedicarse a sintetizar alucinógenos o a fabricar explosivos en su tiempo libre, que ellos no tenían la culpa de haber descubierto su verdadera vocación de traficantes y terroristas; allí las paredes y las columnas fueron decoradas con dibujos, caricaturas, malas palabras, frasecitas, ideogramas y símbolos de subculturas urbanas, obra de todos aquellos que descubrieron su verdadera vocación por el graffiti y el naif; y

allí, no faltaba más, yo también descubrí, encontré, hice consciente mi verdadera vocación.

Por llamar de alguna forma a ESO.

Le di mi nombre a cambio del suyo.

Laura. Aura con ele. Ele de lejanía.

—Daniel —repitió—. Es nombre de profeta.

Encuentro casual, segunda parte: la salida de un concierto, los batacazos de Acid Rain todavía resonando en mis oídos. El mar de gente que nos separaba no se partió en dos: yo había tenido que atravesarlo a nado. Ahora entreveía la importancia de tal decisión.

—¿Conoces la Biblia? —le pregunté.

Los libros de circulación clandestina crean enlaces, conexiones cómplices. Estoy más cerca de tu aura, Laura, me dije. Acabo de abrir otra brecha.

—Te voy a hacer un cuento —dijo—. Adán y Eva están solos. Solos y desnudos. Se gustan, no lo pueden evitar. Olvídate de la manzana. En el mundo nunca habrá una fruta cuyo sabor sea capaz de competir con el sabor de las miradas que se cruzaron bajo los árboles del Paraíso.

—El sabor de lo prohibido —apunté, con mi mejor sonrisa tapanervios.

—Lo prohibido, eso es. Entonces sucede algo que *ellos no esperaban que podía suceder*.

»No sabían. Nadie les dijo que un bebé puede formarse por su propia cuenta dentro de un cuerpo vivo. Sin embriocámara. Sin técnicos de reproducción. Y por supuesto, se asombraron como niños al ver que el vientre de Eva comenzaba a hincharse.

—Suena a ciencia-ficción.

Asintió.

—Pero lo mejor viene ahora: al cabo de unos meses, pongamos nueve para no variar, la criatura tiene que salir de allá dentro. Adivina cómo.

Imaginé a Eva recostada a un árbol, gritando. Algo se mueve frenéticamente dentro de su vientre, presiona, desgarra la piel en una explosión de sangre, asoma la cabeza mojada en un líquido viscoso... y ya está. Una sonrisa desdentada en los labios del pequeño asesino.

—No creo que lo fuera a vomitar —sonreí.

—Por supuesto que no. El bebé sale por la vagina.

—¿Por dónde?

—Por ahí mismo. No te vayas a creer lo que dicen en todas partes. La vagina NO ES un orificio vestigial que solo sirve para la extracción de óvulos.

—No vivo en las Colonias —protesté, tratando de encajar en mi recién estrenado papel de heteroliberado ultrarrecontrasuperposmoderno—. Solo que... me parece demasiado pequeño para...

—¿Qué sabes tú si es pequeño o no? —y abrió la sonrisa. No esperen el retorno del Halley en los próximos 76 años—. Vivo aquí. Gracias por acompañarme.

Ah, resulta que yo la había acompañado. Eché un vistazo alrededor hasta encontrar el anfiteatro unas cuadras atrás. Justo ahora me daba cuenta de que habíamos estado caminando.

—¿Y tu novia? —pregunté sintiéndome el idiota más consagrado del mundo.

—Bien. Hablo con ella todos los días. —Me dio un beso tipo *fast-frozen* en la mejilla, buenas noches y cuídate por ahí.

Antes de irme, estuve unos segundos parado en el mismo lugar, respirando profundamente. Los biólogos le llaman Deuda de Oxígeno.

Como en todas las becas, en la Vocacional de La Habana alguien como yo sólo disponía de un medio (más inefectivo cada vez) para evitar el linchamiento y/o la expulsión: era tener, al menos, un romance archivado con las cuentas claras en el expediente del dominio público. Algo que haga sombra sobre tu pasado y aleje cualquier comentario suspicaz o malintencionado. Una marca que puedas llevar siempre contigo, en la piel,

para enseñarla a todos como un tatuaje, una cicatriz o una quemadura. Según.

Yo la tenía.

Le decían Supermario, tipo chévere. Mi noviazgo con él duró poco más de cuarenta y ocho horas y culminó en un pacto: yo prometía callarme ciertos descubrimientos sorprendentes acerca de su anatomía íntima, si él guardaba el secreto de lo sucedido aquella noche en su cuarto.

En su cama.

Lo intenté. Lo juro. Si algo no faltó fue mi esfuerzo, mi franca disposición, mi buena voluntad. Lo intenté y lo intentamos de todas las formas imaginables, pasando y repasando las páginas del Nuevo Kamasutra, Versión Corregida y Aumentada. Todo en vano.

—Oye, papo —agotada su paciencia—, ¿será que tú no eres maricón?

—Será.

—Ay, por Dios —y Supermario metió la cabeza debajo de la almohada.

Un par de días después, frente a su puerta, revolví el consabido pretexto: pasaba por aquí, dando un paseo, tiempo libre, nada que hacer, ya sabes, solo quería saludarte, etcétera etcétera etcétera. Y de pronto me vi *dentro* de su casa, consumiendo mermeladas de todos los sabores con quesos blancos y amarillos y azules con vinos tintos y rosados y blancos (no fue nada de eso, pero como si lo hubiera sido), todo deliciosamente natural.

Que vivan los rituales de apareamiento.

Armamos una conversación inesencial de la que extraje dos puntos esenciales: su mamá —Helena— y su otra mamá —María Isabel— trabajaban hasta tarde y su novia estaba en la luna, literalmente (haciendo un doctorado). Después la besé.

Mejor dicho, ella me besó.

Da igual. El caso es que nos besamos.

Y después, ya saben.

Empezamos en la sala y terminamos en su cuarto. Piso, sofá, piso, cama. No voy a entrar en detalles; me los ahorro no porque me moleste la cara de asco que ustedes van a poner, sino porque los quiero conservar intactos (los detalles) y de sobra sé que la escritura puede partir en pedazos la memoria a golpes de teclado ansioso. Obviemos, pues, la descripción: esto no es un texto heteroerótico. Solo diré que, desde entonces, me persigue y me golpea una secreta fidelidad: el cuerpo de una mujer está diseñado para el cuerpo de un hombre. Y viceversa.

Aunque sea completamente falso. Aunque sea una mentira del tamaño del sol (hedonismo, ilusión, transgresión: Literatura). Yo lo sostengo y lo afirmo de todos modos.

Ya estaba lanzado al vacío. Aquel día en que Supermario hiciera como el avestruz, decidí que nunca me negaría a mí mismo el permiso para MIRAR.

Piernas afeitadas, gestos elegantes.

Ropa reveladora de turgencias, sinuosidades exóticas.

Verde y azul en el pelo que cae sobre la espalda.

Pestañas con viento en rostros de suaves, hermosas líneas.

Pronto descubrí que no estaba solo (somos más o menos como el número de Avogadro: $6{,}02 \times 10^{23}$).

No tardé en aprender nuevas variantes del antifaz, lecciones de supervivencia, viejos misterios de la vieja religión heterosexual, cultos heréticos de pasada la medianoche, fiestas en las alcantarillas, cotilleos en bulevares *on-line* de acceso restringido.

Un mundo DIFERENTE. Toda una cultura *straight*.

Hasta que llegó el infierno tan temido. Pero ya no podía seguir demorando el momento de abrir la boca: “Papá Juanqui, papá Hugo, tengo algo IMPORTANTÍSIMO que decirles: *ME GUSTAN LAS MUJERES*.”

Pasemos por alto la estupefacción, el terremoto en mi hogar dulce hogar. Continuemos.

Multidepresiva multitud en el *subway*. Camino esquivando a la gente, una pedrada mental contra cada pantalla. Llego al descensor, la puerta se abre...

—¿Adónde lo llevo? —pregunta una voz meliflua.

—Al centro de la Tierra, si es tan amable.

—Lo siento. Debe responder el número del piso que desea.

Unos minutos después Maylynn me abre la puerta.

—¿Cómo está?

—Dormida.

—¿Crees que sea hoy?

—Ya puede ser en cualquier momento. Solo tenemos que esperar, supongo.

Supone. Lo suponemos todo, pero hasta ahí. Nada es seguro. Excepto, quizás, una sola cosa:

—Los opuestos se destruyen —le digo y no me entiende y yo tampoco entiendo, ni falta que hace. Laura y yo llevamos infinitos meses en guerra con la inteligencia y el sentido común. Ah, felices los tiempos en que yo visitaba su casa, ajeno a lo que pudieran pensar sus madres (Querida, ¿no te parece que Laurita y ese muchacho tienen una amistad demasiado... digamos... un poco íntima?) como ajeno estaba a los comentarios que provocaban mis frecuentes visitas a la Facultad de Física (Están un poco raritos esos dos, en cualquier momento terminan empatados... Ah, ¿pero tú no lo sabes?, a mí me dijeron que son pareja.); feliz aquel día en que hicimos el amor luego de la última televisita de Salma, la última porque de novia pasó a ex: se había proyectado en el sofá y estaba contándole a Laura cosas de la Luna, y Laura se miraba las uñas y yo tenía autorización para espiar siempre y cuando Salma no me viera, pero Salma solo tenía ojos para Laura, no sabes cuánto te estoy extrañando mi amor, no me canso de mirar la Tierra desde allá, hasta que Laura levantó la vista y la miró fijo y lo siento Salma, me duele decírtelo, pero esto se acabó, etcétera-etcétera-etcétera, ¿estás con otra?, no, con otro, etcétera-etcétera-etcétera, y fue un telerompimiento superescandaloso, insultos y lágrimas y la imagen de Salma desapareciendo de golpe, no sólo de la habitación sino también de la vida de Laura, punto final.

Punto y aparte empezamos nosotros una relación contranatura echa de temeridad y promesas. Sexo en cuartos de alquiler y noches recosidas de estrellas: es Marte, Laura, desde aquel puntico rojobrillante, once millones de seres humanos nos contemplan. Besos en lugares donde había que tener mucho cuidado a que nos vieran, como los museos y los parques, pero donde era más fácil hacernos pasar por estatuas. Visitas al cine y al teatro y al zoológico. Vida social *straight* y (ya que el diletantismo habanero se divide en cinco departamentos: Cultura, Ciencia, Política, Deporte y Delincuencia) circunscrita a unas cuantas amistades entre científicos y culturosos.

Un buen día (lo fue hasta ese momento), Laura me dijo que había perdido la regla. En el esperanto del mundillo, esas palabras tenían un significado muy preciso.

Phetocidal.

—¿Te volviste loca?

De acuerdo, las espermicidas pueden fallar, y de hecho habían fallado. Su venta es ilegal. Su fabricación, casera, a partir de productos cada vez más escasos en el mercado negro. No se les puede pedir mucho. Pero el phetocidal es otra cosa. El phetocidal es la solución perfecta pese a los dolores paralizantes y el Nilo Rojo piernas abajo.

—No me voy a tomar ninguna maldita pastilla.

Aquello era inaudito. Me calmé, intenté razonar, le pedí que pensara mejor lo que estaba diciendo.

—Escucha, Dany, quiero esta oportunidad —se llevó una mano al vientre, y cogió mi mano y la puso allí, junto a la suya—, *necesito* esta oportunidad, y necesito tu ayuda. Por favor, por favor, por favor, por favor.

Me dio un abrazo tipo *fast-flame*, solo que no tan *fast* y acompañado de una caricia *punta-dd-2* (ustedes saben). Entonces se me salió por alguna parte el líquido de la cordura, cuando vine a ver ya no me quedaba la cantidad mínima que hubiera necesitado para no decir lo que dije:

—Está bien. Vamos a ver qué hacemos.

¿Qué podíamos hacer? Llenarnos los pulmones de oxígeno: yo, para seguir paliando la Deuda; ella, para expeler un tremebundo «Mamá-hely, mamámary, tengo algo IMPORTANTÍSIMO que decirles: *ME GUSTAN LOS hOMBRES*», y provocar la estupefacción, aprovechar el maremoto: avivarlo, recoger unas cuantas cosas y salir dando el consabido portazo, a partir de hoy se olvidan de que tienen una hija, ¡adiós!, buscar refugio en casa de Maylynn, compañera de aula y de gremio, amiga no-lesbiana que vive sola en este apartamento prodigio de comodidad subterránea, el único lugar donde se nos ocurrió esconder el embarazo.

La barriga, ese insulto a las buenas costumbres.

¿Apostará por algo una historia donde amar a una mujer se convierte, así de pronto, en algo terrible? A estas alturas, ¿serviría como justificación el hecho de que yo no tomé la decisión de ir a contracorriente por puro gusto, no elegí la tozudez del salmón, no elegí a Laura?

Tatuaje, cicatriz y quemadura.

Todo a la vez.

Maylynn y yo somos ágiles cuando se trata de agotar temas de conversación. Ahora quedamos a la espera de que uno de los dos termine el silencio pero no hace falta, de eso se encarga Laura:

—¿Dany? ¿Estás ahí?

Aquí estoy como todos o casi todos los días, pero el grito no me da tiempo a responderle. Corremos al cuarto. Los quejidos de Laura rebotan en las paredes. Acaba de comenzar lo que los libros de circulación clandestina llaman, eufemísticamente, “el parto”.

Vuelo hasta la cabecera de la cama, hacia los ojos de Laura que me buscan. Toco su frente. Cojo su mano. Me aprieta. No sé qué hacer. No sé si hay algo que hacer.

...ME VOY A MORIR ME VOY A MORIR ME VOY A MORIR...

...VAMOS VAMOS TÚ PUEDES HACERLO TÚ PUEDES...

Llega un momento en que ya no oigo a Maylynn. Ni siquiera oigo a Laura gritar. Le seco el sudor y le beso la mano y la miro y ella me mira.

Todo lo que existe fuera de sus ojos pierde consistencia y se desmorona. Mi único deseo es que esto acabe lo antes posible. De la forma que sea, pero que acabe.

Vislumbro cuatro opciones:

1) Laura muere.

2) La criatura muere.

3) 1 + 2

4) Ninguna de las anteriores.

Sea cual sea, pienso, ¿y después?

Para mí y para ella y nuestro hijo, para mi hijo y para mí sin ella, para nosotros dos después de esta locura o para mí solamente: ¿Qué habrá del otro lado?

(No es necesario que cuente cómo acabó. No tiene importancia.)

Solo unas líneas más. últimamente me han hablado de las bondades de la trans-sexual. Una operación sencillísima, dicen. Cirugía mínima, tres o cuatro píldoras, inyección de nanomáquinas, disparos al genoma. Cambio rápido y completo. ¿Te gustan las mujeres? Ahorra plata y conviértete en una. He ahí, pienso, la solución perfecta.

Pero yo no la quiero.

JORGE ENRIQUE LAGE (1979)

Narrador cubano. Es licenciado en Bioquímica, especialista del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso, jefe de redacción de la revista de narrativa *El Cuentero* y editor de Caja China Editorial. Ha publicado cuatro libros de cuentos: *Yo fui un adolescente ladrón de tumbas* (Editorial Extramuros, 2004), *Fragmentos encontrados en La Rampa* (Casa Editora Abril, 2004), *Los ojos de fuego verde* (Casa Editora Abril, 2005) y *Vultureffect* (Ediciones Unión, 2011); y es autor de las novelas *El color de la sangre diluida* (Editorial Letras Cubanas, 2007)

y *Carbono 14: una novela de culto* (Altazor, 2010). Cuentos suyos han aparecido en varias antologías y revistas cubanas.

Las últimas horas de los últimos días

Earth died screaming...

Tom Waits

La gasolina se acabó apenas pasamos la esquina de Reforma y Bucareli. La moto pareció tener un ataque de tos y luego se apagó. Nada más. Wok mentó madres, intentó volverla a arrancar como si estuviera descompuesta; la pateó furioso, negándose a aceptar que se había terminado nuestro boleto.

—Pinche Aída, ¿de qué te ríes?— me dijo, mitad enojado, mitad divertido. Yo siempre me estoy riendo.

Dejamos la moto a los pies del Caballito de Sebastián. Antes era una escultura amarillo brillante; ahora es una mole herrumbrosa que obstruye Reforma, como casi todas las demás estatuas que habíamos estado jugando a esquivar desde que nos encontramos la moto.

Sin decir palabra, Wok trepó por el cadáver del monumento. Buscó desde arriba algún otro auto o vehículo que pudiéramos robarnos. U ordeñarle gasolina.

—Nada— murmuró desde su puesto de vigía.

A lo lejos se oían algunas explosiones, ya muy pocas.

—A caminar, mi reina— me dijo al bajar.

Llevábamos las patinetas colgadas entre los tirantes de las mochilas y dentro de ellas, todo lo que nos quedaba de antes del colapso. No era mucho ni muy pesado, pero íbamos a extrañar la moto.

Teníamos unas dos horas de luz. Buscamos entre los edificios alguno que no se viera muy dañado. Los mejores ya estaban ocupados. Finalmente encontramos un hotel que parecía seguro.

Dentro estaba arrasado. Las alfombras y el tapiz habían sido arrancados, no sé si como vandalismo o rapiña. Como siempre, nadie había subido a los pisos superiores por flojera de las escaleras. Wok y yo no hablamos,

temiendo que hubiera alguien más. Al final, el edificio resultó que estaba vacío.

Encontramos cuartos intactos en los últimos pisos.

—Qué raro— dijo Wok.

Ocupamos una habitación que daba a la calle. Ya había anochecido. Todo estaba oscuro, ni siquiera se veían las fogatas que a veces brillaban en los edificios. Nos sentimos muy solos.

Descubrí que había agua caliente corriendo por la tubería. No lo pensé y tomé un baño. Hacía mucho que no me daba ese lujo. Wok se me unió al poco tiempo, después de atrancar la puerta. Yo tallaba su espalda tatuada mientras él jugaba con los anillos de mis pezones. Pensábamos que el agua se terminaría en poco tiempo. No fue así. Cuando eyaculó entre mis manos enjabonadas el chorro seguía cayendo.

—No lo entiendo —dijo mientras nos secábamos con las toallas que encontramos—, aquí todo está tan... bien.

Yo me reí.

—Eres un bobito paranoico. Gózalo y ya.

—Es que no es normal. Si yo estuviera aquí desde el principio, no me iría. Lo defendería.

—A la mejor se cansaron de esperar el Chingadazo. Como todo el mundo.

Wok no contestó. Nos quedamos viendo por la ventana hacia la oscuridad que nos ofrecía Reforma. Luego nos dormimos.

El llanto de Wok me despertó. Se revolvía entre las sábanas, las primeras sábanas limpias en las que habíamos dormido en semanas. Su sueño, como siempre, era intranquilo. Al final se levantó gritando. Estaba cubierto de sudor.

—Calma. Todo bien— dije.

—Es... la pesadilla. La puta pesadilla.

—Eso pensé.

Hundió su rostro entre mis rodillas, sollozando. Murmuraba algo que no podía entender.

—¿Qué?

—El Chingadazo. Ya viene. Está cerca, lo puedo sentir.

Me reí.

—No es chistoso, Aída. Ahora sí ya valió madres. Se acabó el mundo.

Volví a reír. Dije:

—Se ha estado acabando hace meses. Y no pasa nada. No tendría por qué pasar ahora mismo.

La pesadilla era un sueño que empezó a atormentar en masa a los niños pequeños. Decían sentir el dolor de millones de personas a punto de morir, aunque eran incapaces de recordar ninguna imagen. Después lo empezaron a soñar más personas: adolescentes, ancianos. En poco tiempo se convirtió en una señal más de la llegada del fin. Yo jamás lo había soñado. Nunca recuerdo mis sueños.

Abracé a Wok, que se acurrucó en mis brazos. En poco tiempo volvió a quedarse dormido.

Nos despertó el ruido de una procesión que marchaba hacia el norte por Reforma. Me imagino que irían hacia el cerro del Tepeyac. Desde que se supo lo del meteorito, la Villa se había convertido en el destino obligado de las miles de sectas surgidas ante la desesperación del final.

Cuidando no ser vistos, nos asomamos a la ventana para verlos pasar. Eran miles, todos sufrían las consecuencias de una larga peregrinación. Sentí pena por ellos. Wok los observaba en silencio.

Al frente, cuatro sujetos llevaban cargando un trono en el que su profeta hablaba por un altavoz recogido de la basura. Lo reconocí inmediatamente, era Rodrigo D’Alba, un presentador de espectáculos de la televisión. Ahora vestía una túnica. Se había dejado crecer el cabello pero era inconfundible.

—Uno más que resuelve su vida —dijo Wok, quedito. Muchos actores y cantantes habían creado sectas así. Cuando el último de la caravana salió de nuestro ángulo de visión, Wok se levantó para decir:

—Bueno, vamos a buscar algo para desayunar.

Encontramos que en la cocina del hotel había una despensa bastante bien surtida, lo que aumentó la paranoia de Wok («Todo está demasiado bien, demasiado bien, carajo», repetía como un mantra). A mí sólo me dio hambre. Al final cocinó unos huevos foo-yong con camarones. Wok es medio chino, y cuando hay con qué cocina muy bien.

Comimos en silencio; él, temiendo que el olor atrajera a alguien indeseable. Estábamos hambrientos. Cuando acabamos, salimos para recuperar la moto. Lo que quedara de ella.

Afuera todo se sentía muy tranquilo; ya no se oían explosiones. Todos pensaban que la ciudad abandonada se convertiría en un campo de batalla. En realidad fue peor.

Ahora parecía que todo el mundo se cuidaba de no toparse con nadie. Con bastante éxito.

No quedaba nada de la moto. Algunos chatarreros debieron levantarla por la noche. Había sido bonito mientras duró.

Wok volteó hacia el cielo. En lo alto, el meteorito se veía como un puntito brillante, apenas del tamaño de un pixel. Nadie se imaginaría que iba a acabar con nuestro planeta.

—¿Crees que el Chingadazo tarde mucho todavía?

—No sé. Supuestamente deberíamos estar muertos.

—¿Cómo sabes?

Abrí una de las bolsas de mi mochila para mostrarle mi reloj de cuarzo. Lo tenía desde antes de que todo se derrumbara. Gracias al reloj no había perdido la noción de los días, como casi todos los demás. Con un poco de suerte la pila duraría hasta el impacto. Quizá un poco más.

—Ya tendría que haber sucedido— le informé—; algo falló. Hace dos semanas que estamos viviendo tiempo extra.

Wok no contestó. Abandonamos el lugar.

Sobre Reforma encontramos un hombre mayor vestido de traje en la parada del camión. Parecía ir desarmado, aunque nunca se sabía. Wok sacó su navaja de resorte; yo, mis chacos. Nos acercamos.

—Buenas —saludó Wok.

—Buenas tardes —contestó el hombre. Era un anciano.

Su ropa era vieja; aunque parecía bastante usada, iba impecable, con la camisa planchada y la corbata perfectamente anudada.

—¿Espera a alguien? —pregunté, por romper el silencio.

—No, señorita, sucede que no pasa mi camión.

Wok se rió. A mí, por primera vez en mucho tiempo, la situación no me pareció chistosa.

—¿Está loco? No ha pasado un solo camión hace meses. No va a pasar.

El hombre encaró a mi novio con total seriedad.

—Jovencito, eso no es pretexto.

—¡...!

—Pretexto... ¿para qué? —pregunté.

—Para no ir a trabajar, por supuesto.

Nos quedamos mudos. El hombre nos observaba como si los que estuvieran locos fuéramos nosotros.

—Señor, el mundo se está acabando...

—Mire, joven, éste es un país de instituciones. Si el camión no pasa en cinco minutos, yo me voy caminando, como todos los días. Punto. No vamos a permitir que nos rebasen estas cosas. Los mexicanos somos más grandes que cualquier desgracia. Ya lo vivimos en el temblor del 85.

No sabía qué decir. La sonrisa había desaparecido de la cara de Wok.

Sólo atinamos a esperar junto con el hombre. Cinco minutos esperando un camión que nunca iba a llegar.

—Bien, esto no tiene para cuándo. Me voy caminando. Con permiso.

Lo vimos alejarse, confundidos, hasta que se perdió entre los escombros, camino al Centro.

Sin cruzar palabra, nosotros echamos a andar hacia el norte.

En el cielo, el meteorito había crecido. Se veía más grande que el sol.

Decidimos patinar. Evitamos hacerlo muy seguido para no gastar las llantas, pero no había moto y seguramente no encontraríamos nada parecido. La ocasión lo ameritaba.

El silencio era casi estruendoso. Recorrimos un largo trecho sin cruzar palabra. El único sonido ambiental parecía ser el de nuestras patinetas. A medida que avanzábamos, el paisaje —formado por edificios en ruinas y chatarra— parecía repetirse cíclicamente, como la escenografía de una vieja caricatura de Scooby-Doo.

Después de mucho rato llegamos a la zona boscosa. Los troncos resecos que quedaban de ella.

Pasamos por una estatua que no había sido derribada. Estaba llena de graffitti.

—Espera —dijo Wok. Nos detuvimos.

—Un héroe nacional —dije.

—No, éste era candidato a presidente, pero lo mataron.

—¿Y no es mérito suficiente?

—Supongo que sí. No hay mejor presidente que uno muerto. Ha sido el mejor de este país.

Nos reímos. Wok sacó de su mochila la última lata de spray que le quedaba. La agitó y pintó sobre la placa: ME VALE MADRE.

—Qué chistoso —dije cuando terminó.

—¿Qué?

—El futuro siempre parece mejor cuando no sucede. Como este tipo, que tiene una estatua por algo que no llegó a ser.

—Cualquier futuro es mejor que el nuestro. Y sí va a suceder.

Se refería al meteorito.

—Claro que no. ¿Te hubiera gustado crecer, quedarte pelón, convertirte en un ruco, decirle a los chavos que la música de tu tiempo era mejor?

—¡Yo no hubiera hecho eso!

—Claro que sí. Todos lo hacen. Mis papás eran punks. Ve cómo acabaron: uniéndose desesperados a la peregrinación de Vicente Vargas en busca de la Tierra Prometida de Aztlán. Vargas ni siquiera cantaba rock, sino ranchero.

Wok no dijo nada.

—No vivirás tu propia decadencia, disfrútalo— me di la vuelta para seguir patinando. Wok se quedó pensando un momento, luego se me emparejó.

—Perra. Siempre tienes la razón.

La vida no es tan cruel como dice Wok. No puede serlo. Tampoco es como lo que venden los gurús de la superación personal. No es cebolla cruda ni pastel de cerezas. Es agridulce como el amor. Dulce como el querer, agria como el dolor.

Pero a veces da sorpresas. Ahí, literalmente a la vuelta de la esquina, esperándote para brincar hacia ti diciendo: «Hola, por una vez lo que hay para ti es una sorpresa *agradable*.»

Así fue el encontrar el coche. Un modelo eléctrico, de esos supercompactos de lujo, esperándonos al pie de la fuente de los petroleros, como si lo hubiéramos rentado por teléfono. Un Matsui del año, plateado.

Desde luego, Wok pensó que era una trampa. Al principio no se quiso acercar. Ahí nos quedamos largo rato, observando el auto, esperando a que sucediera algo, alguna desgracia amarga.

No pasó nada.

Cansada de esperar, me deslicé hacia el aparato.

—¡Aída!— gritó Wok, muerto de miedo.

Ya no sé lo que es el miedo. Lo que he visto acabó diluyendo esa palabra. Cuando el mundo se derrumba, no hay lugar para temores.

En el coche había restos de sangre seca. Hubo una lucha, perdida por el que manejaba el Matsui. Acaso era alguien rico que se refugiaba en el bunker de alguna mansión de las Lomas. Se le acabaría el agua, o la comida. Quizá intentó huir de la Ciudad protegido por la noche. Mala idea. Una tribu caníbal le saldría al paso, de esos a los que no les interesan las máquinas. Lo siento por el dueño del auto, pero seguramente alimentó a varios niños nómadas.

Wok se acercó al ver que no era una trampa. Comprobó que el auto funcionaba.

—Dejaron las luces prendidas. Debe tener la batería muy baja.

—Es mejor que patinar— dije, dándole un beso en la mejilla.

Arrancamos. Nunca me había subido a un auto de lujo.

Nos divertimos unos minutos esquivando obstáculos sobre el Periférico, pero la pila murió a los pocos minutos, apenas un poco adelante del Toreo. Wok logró volver a arrancar sin detenernos, pero cuando llegamos a las torres de Satélite el sistema se apagó definitivamente.

Dejamos el auto donde la inercia lo detuvo. Bajamos riéndonos como niños y tomados de la mano nos alejamos de ahí.

Los chatarreros nos lo iban a agradecer.

Pasamos el resto de la tarde como habíamos pasado el resto de las tardes desde que todo se vino abajo: buscando algo que no íbamos a encontrar porque no sabíamos qué era.

Nos dedicamos a patinar entre los restos de Plaza Satélite. El piso era liso y ya no había nómadas acampando en Liverpool. Decidimos pasar la noche en el departamento de muebles, aunque yo hubiera preferido el hotel de la noche anterior.

—No podemos desandar el camino. Para nosotros no existe ayer ni atrás —dijo Wok.

Sentí una tristeza inexplicable. No encontré motivos para reír más. Mi alegría comenzaba a secarse mientras los lagrimales se me humedecían, pero decidí ahogar mi pesar con las últimas risas que tenía guardadas. Con mi última reserva de alegría.

Seguíamos patinando cuando comenzó a oscurecer. Sin preludio, sentí algo frío deslizándose por mi espalda. Me detuve en seco. Wok se espantó.

—¿Qué sucede?

—Lo puedo sentir —dije. Él percibió la angustia en mi voz.

—¿Qué es? ¿Qué sientes?

Ahí estaba, era claro, no quedaba duda: una sensación helada que subía lentamente hasta mi cuello.

—¡Aída! ¿Qué sientes? ¡Me estás asustando!

Volteé hacia él. Una lágrima escapó de mis ojos bajando por la mejilla. Pensaba que había olvidado cómo llorar

—Siento... el dolor de millones de personas a punto de morir.

El primer temblor llegó con la noche. Salimos corriendo al estacionamiento. Apenas tuvimos tiempo de tomar nuestras cosas, el centro comercial se derrumbó en medio de un rugido de metal torcido y concreto colapsándose.

Nunca vi morir a un elefante, pero me imagino que debió ser algo parecido.

Soplaba un viento fuerte que en pocos minutos se llevó el polvo.

Nos quedamos agitados en el estacionamiento vacío. No parecía haber nadie en kilómetros. Sólo se escuchaba el aullido del aire tratando de ahogar el silencio. Sin decir nada, nos acostamos en el suelo.

—¿Ya se conocían tus papás en 1985? —preguntó Wok.

—Claro que no —contesté molesta—. Lo sabes bien.

—Ah.

—Mi mamá tenía siete años en 1985. Mi papá, trece —agregué en la oscuridad.

Wok contestó con un gruñido.

Un nuevo temblor sacudió el suelo.

—Tengo miedo —me dijo al oído.

Parecía como si el terreno se estuviera deslizando lentamente.

—Conque esto es el fin del mundo —dije suspirando.

Un pedruzco luminoso cruzó el cielo. Era una bola de fuego del tamaño de una naranja que cayó a varios kilómetros de nosotros.

—It's better to burn out than to fade away —susurró él.

—Esa frase es de una película vieja.

—Pensé que era una canción. La murmuraba mi papá todos los domingos, con su cerveza frente al televisor.

—También la decían mis papás. ¿Dónde estarán ahora?

Una nueva bola de fuego pasó por el cielo. Y luego otra.

—Seguro que rezando —dijo Wok.

Reímos.

—Te tengo una sorpresa —anuncié. Busqué en mi mochila a tientas. Era difícil sin una lámpara, pero finalmente los encontré y se los di.

—¿Uno lentes oscuros?

—Son Ray-Ban —dije mientras me ponía los míos—; siempre quisiste unos. Los encontré en el primer Sanborn's en que dormimos.

—¿Los andas cargando desde entonces?

Más restos de meteorito rasgaron el cielo iluminándolo, furiosos.

—Sabía que los íbamos a necesitar. Acuérdate que pensaba estudiar astronomía. Ya me habían aceptado en la facultad de ciencias.

Empezó un nuevo temblor.

—Nunca acabé la prepa —su tono era repentinamente triste.

—No creo que sea importante. Sólo tienes 19 años.

—Ni uno más —repuso mientras el cielo se iluminaba de nuevo. Sonreía. Lucía guapísimo con sus lentes. Se acercó a besarme.

—Te amo... —alcancé a murmurar.

Luego, el estruendo del terremoto lo llenó todo.

BERNARDO FERNÁNDEZ (1972)

Escritor, historietista y diseñador gráfico mexicano, también conocido como «Bef». Ha publicado las novelas *Tiempo de alacranes* (2005), *Gel azul* (2006), *Ladrón de sueños* (2008), *Ojos de lagarto* (2009) y *hielo negro* (2011); los libros de cuentos *¡¡Bzzzzzzt!! Ciudad interfase* (1998) y *El llanto de los niños muertos* (2008); los libros infantiles *Error de programación* (1997), *Cuento de hadas para conejos* y *Groar* (2007); y las novelas gráficas *Pulpo cómics* (2004), *Monorama* (2007) y *Monorama 2* (2009). Es uno de los escritores mexicanos jóvenes más reconocidos, y ha ganado varios premios, entre ellos el Premio Nacional de Novela Otra Vuelta de Tuerca (por *Tiempo de Alacranes*), el Premio Memorial Silverio Cañada a mejor primera novela policiaca de la Semana Negra de Gijón (por *Tiempo de Alacranes*), el Premio Ignotus de la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror (2007, *Gel azul*) y fue finalista del Premio U.P.C. (2004, *El estruendo del silencio*).

La droga

El viejo decía que el amor era un estado de locura. Yo podría estar de acuerdo, pero la frase tiene el gusto de la madera vieja y el aroma del agua de colonia del viejo. Yo agrego, con voz modelada por ondas cibernéticas, con tubos de ensayos en plena reacción, con el crujir de polímeros que mi padre no llegó siquiera a sospechar, lo aseguro con la fórmula ya puesta sobre papel y con millares de bytes de respaldo, que el amor más allá de ser un estado de locura es un estado de adicción. El amor es una droga. Sintetizable, extraíble, una combinación de segregaciones bioquímicas que motorizan al cuerpo, lo excitan, lo desquician, lo vuelan.

Quien se enamora activa una serie de enzimas, una cantidad de hormonas que se ponen en acción, un cerebro que se pone en marcha y envía instrucciones a sus neuronas, se detona todo un conjunto de reacciones orgánicas, el corazón bombea litros de sangre excitada que nos pone a temblar las piernas, nos hincha los genitales, altera el rostro, hace la piel más tersa, cambia el brillo de los ojos.

Si el amor es una droga, y cuando estamos enamorados simplemente estamos drogados, pues entonces el amor como droga sería sintetizable. Se puede extraer la droga a partir del cuerpo de una persona enamorada. Así como también podríamos sintetizar una droga altamente depresiva y autodestructiva si extraemos la justa combinación de hormonas y enzimas de un ser desenamorado.

Me mueve una intención altruista. Qué pasa si a un depresivo le inyectamos dosis debidamente cuantificadas de esencia amorosa. Pues obvio, el enfermo mejora. Sustituimos —por medio de la más hermosa droga natural— un sentimiento de frustración y tristeza por toda una divina gama de sensaciones ubicadas al otro lado del espectro.

Comencé mis experimentos con personas profundamente enloquecidas. Simplemente se les conecta por medio de tubos y jeringas a un mecanismo medianamente sofisticado que se encarga de sintetizar el amor

descompuesto en hormonas, enzimas, neuronas. La máquina cuenta con dos jeringas que se deben insertar simultáneamente. La primera va directo al corazón que bombea sangre fresca rebosante de hormonas, rica en esencia de demencia. La otra va directo a la corteza del cerebro, muy cerca del hipotálamo —hay que tener cuidado en no perforarlo, pues el daño cerebral puede ser severo— pero si nos acercamos lo suficiente y extirpamos un poco de tejido rico en neuronas amatorias, tenemos la mitad de la fórmula ya entre manos.

Una vez ancladas ambas jeringas comienza la extracción de esencia amorosa. Cada paciente es un caso especial, particular, no importa en lo absoluto el sexo, ni talla ni peso, tampoco la alimentación, menos la orientación sexual, ni siquiera la salud. Podemos encontrar a un comatoso desahuciado con altísimas concentraciones de la droga corriendo entre sus venas, rebosando sus valles cerebrales. Delicado asunto. Un error de apreciación, un miserable mal cálculo, puede dejarnos como resultado un desecho depresivo a quien le hemos succionado toda gana de existir. Es mejor extraer poco en vez de irse de bruces y sintetizar demasiado a una misma persona.

De cualquier modo, cada paciente se siente ligeramente menos enamorado luego de ser sometido a la máquina; pero como el organismo es sabio y más que sabio es enamorado —enamorado, loco, adicto, en fin— la segregación de nuevas cantidades pasmosas de esencia es casi inmediata. El organismo elabora su propia droga apenas siente la mínima amenaza de síndrome de abstinencia. En pocas horas el enamorado vuelve a estar más o menos igual de drogado que al principio del experimento.

En cada succión de máquina se pueden extraer unos 5 cc de droga. Cosa difícil la de calcular la caducidad de cada muestra, poco importa pues todos la buscan para consumirla fresca. Para maníacos depresivos, para heroinómanos, para enfermos terminales la droga es fabulosa, proporciona horas y horas de bienestar, de amor contagioso y desmedido, de ganas infinitas de vivir, de follar, de poner en marcha los mil proyectos abandonados, de escupir en la cara a la frustración.

Pero sobre todo la droga es buscada, frenéticamente y cotizada en sumas exorbitantes, por aquellos enguayabados, la raza funesta de los despechados. La droga aniquila la melancolía, da una nueva emoción a las

relaciones de pareja moribundas, ayuda a los desenamorados a encontrar una nueva dimensión luminosa en medio de su sufrimiento.

El asunto comenzó siendo un pequeño negocio personal. Sin trabajo por años decidí gastarme mis últimos centavos en repotenciar el laboratorio casero que levanté al fondo de casa. Tomé como conejillos de indias a amigos y conocidos de amigos. Extraía la esencia a los que estaban bien, vendía por unos pocos reales las inyecciones a quienes la pasaban mal. Claro que la voz se corrió y pronto me encontré llamando a mi puerta a centenares de drogómanos amorosos que sabían de la máquina. Disparé aún más los precios para desanimarlos, pero el efecto, como siempre ocurre con las drogas prohibitivas, fue una ola gigantesca en la demanda. Gente acaudalada que buscaba resucitar los amores ya extintos de una época abandonada al pasado, infieles arrepentidos que gastaban los ahorros de toda una vida para que sus antiguas parejas los recibieran —de brazos y piernas abiertas— de regreso en casa. Ni hablar de despechados, de millares de corazones rotos que daban hasta lo que no tenían por recomponer los pedazos marchitos.

El negocio marchaba más que bien. Personas que llegaban hechas un trapo, arrastrándose de dolor y pena por el piso, salían radiantes con ganas de comerse al mundo. Y quien venía una vez volvía por más. Porque estar así de drogado, o así de enamorado, que para el caso es exactamente lo mismo, es demasiado sabroso. Es un bienestar del cuerpo y sobre todo del alma al cual no podemos renunciar una vez que se apodera de nuestros cerebros y que causa buenos estragos —desquiciados, enormes, pero sobre todo hermosos— en la química de nuestros cuerpos.

Yo lo sé, y no precisamente porque hubiera estado profundamente drogado-enamorado-loco a lo largo de mi vida. Lo sé porque me hice adicto. No soporté la tentación de inyectarme la droga sintetizada a otros pacientes. Y sí, me hice dependiente.

Allí es donde entra la chica en escena. Susana era una hermosura de nena. Era como un ave con alas de azúcar, como un trébol de seis hojas. Profundamente depresiva. Por años había sometido su cuerpo a los altibajos del Prozac, a la más amplia gama de excitantes que químicamente la lanzaban a una felicidad sintética, una química plástica que le engañaba las neuronas y le regalaba algunos instantes de alegría artificial. Yo ya estaba

drogado para cuando Susana se apareció en casa la primera vez. Acababa de pincharme un par de dosis, un cóctel de 10 cc extraído a un par de fieles clientes, y la sangre fresca me tenía el corazón a millón. Apenas la vi el alma se me puso en la boca del estómago y luego se me subió hasta la garganta y casi me voy en vómitos. El vómito más bello y grandilocuente de la historia de la humanidad.

Preparé para Susana la mejor de las mezclas. El equivalente en droga al mejor vino de Burdeos cosecha del 94. La conecté a la máquina, le hundí el par de jeringas, la penetré dulcemente hasta los tuétanos y regué amorosamente droga suficiente como para un orgasmo absoluto. Al final de la sesión no tuvimos otro remedio que besarnos. Y no hubo siquiera necesidad de quitarnos la ropa para gozar del clímax simultáneo más profundo de nuestras existencias. Tan sólo un beso, tan sólo un roce de punta de dedos, apenas una mano que se hunde suave entre los cabellos de la nuca y ya los dos estábamos enamoradísimos chorreando fluidos y con ganas de desmayarnos el uno sobre el otro.

Susana volvió muchas veces más, pero jamás volvió por más droga. Volvía simplemente por mí.

Acercaba un taburete y me miraba por horas mientras yo trabajaba. Mientras hundía y sacaba jeringas. Yo aceitaba el mecanismo, ella ubicaba la droga en tubos de ensayo sobre la gradilla. Ella abría puertas a depresivos vueltos trapo y les indicaba la salida a seres luminosos. Ayudaba a etiquetar sobre los matraces las hormonas de cada quien, desde las esencias más potentes hasta las más inocuas (que inocuas, como tal, ninguna... pero entre todas las que son fuertes, algunas lo son más). Yo en cada pausa volaba, literalmente, volaba hasta ella para hundirle la lengua entre los dientes, para morderle las comisuras de los labios, para pellizcar dulcemente algún pezón o para que me dejara resbalar un dedo travieso hasta la unión de su entrepierna. En las noches hacíamos el amor golosos, nos descosíamos la piel para entregarnos el uno al otro. Y entre orgasmos de los simultáneos y de los egoístas, dos, tres, cinco, centenares, cierta noche me asusté.

El miedo. Me percaté de lo perdidamente enamorado que estaba. Quería estar por siempre así, no quería jamás caer.

Deseaba eternamente tener ese enamoramiento de cosquillas en el vientre, de manos sudadas, de pecho que se asfixia en espasmos cada vez

que escuchamos su voz. No podía permitir nunca en la vida que el olor de sus axilas, en su tibieza agridulce, con toquecitos de acidez, dejara de hincharme el pene. Entonces, temeroso, cuando ella se dormía me iba de punta de pies hasta el laboratorio, me conectaba a la máquina y me metía una dosis, a veces dos, rara vez osé hasta con tres. Regresaba levitando de amor, me escurría entre las sábanas y lloraba de felicidad al verla a mi lado, preciosa, niña mala dormida. Yo le paseaba por la espalda los dedos húmedos de lágrimas, semen y de sus propios flujos vaginales. Le susurraba, apenas tan alto como el vuelo de una libélula, palabras tontas de amor, pésimos poemas. Ya ni dormía, nunca he sido de buen dormir, pero ahora no dormía jamás. No era insomnio, por supuesto que tampoco era tensión, nada parecido al vértigo que sólo proporciona el ahogo de la ansiedad. Era el amor, tenía demasiados litros de amor. Los míos, los de Susana, los de otros.

Y por segunda vez, pero ahora incluso más que antes, en un ataque furibundo de desquiciada cordura, me volví a asustar. Pensé estar demasiado enamorado, excesivamente enamorado. Tanto, que estaba dejando a Susana kilómetros atrás. O acaso ella era quien me dejaba a mí. Sentí el pánico, el vértigo absoluto de amar demasiado y no ser correspondido. Nos estábamos volviendo, una vez más, como pasa a todas las parejas que vienen por droga hasta mi puerta, un amor desequilibrado. Uno que ama demasiado, el otro que ama menos y por eso no puede hacer más que dejarse amar.

Con el corazón pendiendo de un hilo de vísceras maltrechas y con el vómito espantoso de quien se percata de estar a punto de perder, de una vez y para siempre, a la persona que más ha amado, me dispuse a elaborar un antídoto para tanto amor.

Si bien el amor es droga y como droga ya he explicado cómo se sintetiza, pues el desamor también debería ser sintetizable. Para un hombre demasiado enamorado, con dosis excesivas de amor corriendo desenfrenadas por su organismo, lo mejor sería neutralizar las fuerzas de la droga con otra igual de potente. Y así comencé a sintetizar la esencia misma de terribles despechos, guayabos, depresiones crónicas.

Pagué por extraer, con mi misma máquina pero insertando mis jeringas sobre otras materias primas, la esencia del desamor más patético producto

de seres más que oscuros. Y cada vez que me sentía demasiado drogado, demasiado alto y sin ganas de aterrizar, con un amor tan desproporcionado que estaba a punto de asfixiar el amor más sosegado de Susana, cada vez que me daba el vértigo del amor desaforado, me mandaba inyecciones generosas de depresión, de frustración, jugo de corazones rotos, despecho putrefacto y ganas de morir.

Y la gente lo supo. Y comenzó la demanda furiosa por la nueva droga. Será tal vez por moda, porque en estos días la felicidad tiene también el olor de la madera añejada y los olores pavorosos del perfume de la abuelita.

Dejemos las hipocresías aparte. Para qué mierdas buscar estar bien si en el fondo somos autodestructivos y lo que nos gusta es estar mal. Somos unos saboteadores miserables que nos engañamos y nos tendemos trampas. Supuestamente buscamos estar mejor y bajo esa mentira nos lanzamos a vivir una vida que no nos gusta ni merecemos. Pero tranquilos, porque para consuelo de tontos, que al final lo somos todos —flotando en este mundo contemporáneo hecho de gigabytes que huele a plástico chamuscado y sabe a químicos tóxicos— siempre triunfará nuestra parte siniestra que nos empuja a estar rejodidamente mal.

Yo tenía la droga, a precios siderales, mierda en centímetros cúbicos para volverse aún más mierda. Mierda abundante para gente de mierda que suplica por hacerse más mierda.

Seguía peligrosamente enamorado, y me lancé en un autoexperimento a sintetizar mi propia droga de amor. A combinar, justo después de extraerme litros de la esencia amorosa, dosis patéticas de nueva droga. Un festín de desamor, de ganas de morir recontramal. De ansias de vivir aún peor. Me desenamoré sistemáticamente, me saqué del organismo y del alma decilitros de esencia, me exorcicé la locura y la aprisioné en tubos de ensayo. Para que no quedara vestigios de duda, para asegurarme de neutralizar una locura con otra, me suministraba jeringas con el desamor de los malditos. Tanto daño esquemático y metódico no me podían dejar ileso.

Susana insistía en mi cambio. Y cuando ya volvía de nuevo a ser la chica depresiva y descorazonada que siempre fue antes de llegar a mi puerta, me dejó una carta de hasta pronto y se marchó. En la carta decía —palabras más, palabras menos— «que te esperaré hasta que se pase el temporal, que estoy asustada por tu cambio, que siento que la mala vibra de lo siniestro se

apodera a paso firme de nuestra relación; pero te amo y confío en que volverás a ser el viejo tipo enamorado que solías ser en todos estos meses de amor desaforado y tranquilo, que cuando vuelvas yo estaré aquí para ti».

Ahora me percato de que la he perdido. Estoy en un foso, en el agujero oscuro más profundo y atormentado que alguna vez un ser humano puede haber estado. Por eso he decidido reconectarme a la máquina. En las jeringas, dispuestas en mecanismo en serie, he puesto toda la droga que noche tras noche, en mi vida feliz junto a Susana, sinteticé a partir de mi propio amor. Amor que me perteneció, que me pertenece aunque ahora desde afuera, pero que con la conexión a la máquina me habré de devolver.

Millares de neuronas, de enzimas excitantes, trillones de hormonas enamoradas. Un cóctel maldito de amor que deseo de vuelta, para hacerme volar hasta mi mujer, para recuperar la savia de mi corazón marchito. Las jeringas se accionan, la máquina zumba, tiembla, cortocircuito por la sobre marcha, se funde. Yo estoy conectado. Feliz, enamorado, desquiciadamente enamorado, drogado en cada pulsación. Qué deliciosa locura, qué sobredosis tan encantadora.

El viejo decía —sí, de nuevo, con un olor delicioso a maderas húmedas y aguas de una colonia cuyo aroma me vuelve a las fosas nasales justo ahora — que el amor era un estado de locura... pero que al final nadie se moría de amor.

Es falso, viejo. Yo sí.

JOSÉ URRIOLA (1971)

Escritor y productor audiovisual venezolano. Comunicador social de la UCAB, con estudios de maestría en literatura latinoamericana en la USB y máster de cine documental en la Universidad Autónoma de Barcelona. Ha publicado en la antología *Latinoamérica escribe* (Buenos Aires, 2005) y fue mención de honor por *Abajo hay un cuerpo* en el premio Vórtice de cuentos de horror y ciencia ficción (España, 2004). Su blog se llama *Los rostros del viento*.

Recuerdo del 2030

En esa época yo vivía en Maradona al 500, en Greenland, cerca de la vieja frontera con Brasil, una zona que alguna vez había sido un barrio cerrado, después había sido lo que se llamó barrio blindado, y finalmente había desembocado en un barrio abierto en los tiempos del hipercontrol. Andábamos todos con el seguchip metido dentro del omóplato derecho y la máquina lectora de posicionamiento global sabía dónde estabas parado y cuál era tu informe exacto: tu ingreso, tus gustos de consumo, tu situación impositiva, tu correspondencia, tus amistades, tu conducta, tus vínculos y todos tus movimientos a lo largo del día. Había un impuesto que se llamaba ioc (Impuesto del Organismo Central), pero lo llamábamos Impuesto del Ojo Cerrado, porque había que pagar mensualmente para poder tener unos minutos diarios sin la cámara personal encendida. Yo pagaba 40 sures por mes y eso me daba sólo diez minutos diarios de privacidad. Había gente que pagaba mucho más y podía incluso desactivar su localizador.

Si te atrasabas con algún impuesto te anulaban actividades. A los nostálgicos que todavía íbamos al cine de sala con pantalla y sonido a veces nos frenaban al ingresar porque teníamos algún impuesto impago y no te dejaban entrar hasta que no pagaras. Te hacían lo mismo a la salida del subte, o en restoranes de comida rápida. Antes de darte la bandeja, los empleados te decían con una sonrisa «¿Quiere regularizar su situación?». Pero no era una pregunta, era el aviso de que si no lo hacías, no podías comer ahí. Ni hablar de cuando ibas a visitar a un familiar al Centro.

En el Centro vivía el 45% de la población. Eran cárceles en realidad, pero las quisieron disfrazar con ese nombre pomposo de Centro de Reinserción Sociocultural. Yo tenía un hermano ahí dentro y lo iba a visitar el primer domingo de cada mes. Y si no tenía todo pago no podía ir porque me dejaban ahí un rato sin poder salir, para darme un susto. Con mi hermano tomábamos mate bajo el alero de su barraca, mirando las plantaciones verdes del lado del Curiche. Cuando me alcanzaba el mate, a veces me rozaba su mano áspera de trabajar en los campos. Estaba muy abrasilerado

y a veces tenía que pedirle que me hablara despacio para entenderle. Me preguntaba mucho por mis hijas. Yo le contaba que estaban bien, que estaban siempre igual.

Nunca le conté que mis hijas en esa época estaban adictas al Float. Cada una tenía su flotario de agua densa, todas entubadas, para expulsar y recibir líquidos y comida sin necesidad de moverse. Vivían conectadas a la red constantemente en su cápsula sin días ni noches. Me mandaban mensajes de imagen donde se las veía a cada una en su mejor momento. Las dos habían elegido su imagen de ese verano que pasamos en San Bernardino. Yo podía hablar con ellas y esa imagen en la pantalla me contestaba. Siempre decían que estaban bien y me hablaban con ese fondo de un atardecer de enero del 2015 que a veces fallaba y se pixelaba o se ligaba con otros mensajes anteriores. A mí me salía a 600 sures por mes cada mantenimiento del Float. Y ellas no hacían otra cosa. Nunca le conté a mi hermano que un día las fui a sacar, que deambulé por los pabellones oscuros repletos de flotarios uno al lado del otro. No le conté que cuando abrí sus cápsulas mi hija mayor pesaba ciento treinta kilos y la menor ciento cuarenta, que casi no se podían mover, que las llevé a una de esas Granjas del Movimiento donde hacían rehabilitación para adictos al Float, y que cuando pudieron se escaparon. En la granja dijeron que por políticas internas no me habían podido avisar. Yo me di cuenta recién cuando en mi resumen de gastos reaparecieron los consumos del Float.

Era difícil hablar con mi hermano, no quería contarle que las cosas afuera del Centro no eran tan buenas como las pintaban. Y a la vez no podíamos habar mal de Suárez porque en el Centro se registraba todo. Afuera del Centro, en voz baja se podía hablar mal del Organismo y de Suárez, pero ahí dentro era suicida, sobre todo para él. Suárez ganaba las elecciones cada dos años, y sin fraude. Fue inamovible durante esas dos décadas. Los presos en el Centro no podían votar, pero los que estaban libres votaban y no paraban de elegirlo a Suárez a lo largo de todos los alcances del Organismo que llegaba del viejo México hasta la Patagonia. A la oposición le decían la Zeraus porque era el mismo Organismo pero ordenado distinto.

Yo me salí la vez que me mandaron a dar una clase en Ciudad del Este donde estaba una parte de la frontera blanda. Nos escapamos con otro profesor, que después lo mataron en San Pombo. Durante el almuerzo me robé un cuchillo tramontina y antes de las clases de la tarde nos fuimos

caminando por el fondo del parque y no paramos más. Donde nadie nos veía cada uno le sacó con el cuchillo al otro el seguchip que estaba metido casi dentro del hueso. Nunca nada me dolió tanto, pero la felicidad de sacármelo valió la pena. Estuvimos casi una semana cruzando la selva, temiendo que nos localizara el Organismo, pero después encontramos gente. Yo estuve en varios campamentos. De mi hermano y mis hijas no supe nada más. No sé si soy más feliz pero a veces cuando me rasco la espalda y me encuentro el agujero donde estaba el chip en el omóplato por lo menos me siento libre.

PEDRO MAIRAL (1970)

Nació en Buenos Aires. Su libro *Una noche con Sabrina Love* recibió el premio Clarín de novela 1998, otorgado por un jurado compuesto por Bioy Casares, Roa Bastos y Cabrera Infante. Ha publicado también el volumen de cuentos *Hoy temprano* (2001) y dos libros de poesía: *Tigre como los pájaros* (1996) y *Consumidor final* (2003). En 2005 apareció su segunda novela, *El año del desierto*. Su obra ha sido traducida en Francia, Italia, Portugal, Polonia, Alemania y Grecia. En 2007 fue incluido, por el jurado de Bogotá 39, entre los mejores escritores jóvenes latinoamericanos.

Oz

Ese último nervio tuyo tan fino
que se hace alma

El otro Asterión, José Watanabe

Para Micaela Chirif

El hombre de hojalata ha hecho crujir sus viejas articulaciones para que yo pueda oírlas. Es un sonido semejante a romper nueces con una tenaza o con dientes igualmente enérgicos. Antes lo hacía con frecuencia: me refiero a que cascaba frutos secos, no sólo nueces, y me daba la mejor parte de la pulpa recién partida para que yo pudiera comerla. Pero llegó un tiempo en que no lo hizo más. Dejó de hacerlo, y yo me resigné a que las nueces y los frutos secos ya no formaran parte de mi dieta. Ahora sólo imita el ruido de aquellos tiempos cada vez que su duro cuerpo de latón es incapaz de exagerar; y a mitad de cualquier noche o día, el crujido de sus coyunturas se le quiebra como una bisagra de cosa vieja y gastada que no termina por cerrarse nunca.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

A un lado del comedor lo encuentro atareado, flexionando su brazo de arriba abajo, como si, de un momento a otro, esperara sacar agua de algún pozo invisible. Hace treinta minutos que lo oigo trajinar. Y lo único que ha logrado hasta ahora es que yo abandone, impaciente, la lectura del diario, y que su voz acabe por derramarse como una resonancia hueca que, en otra ocasión, incluso, yo mismo hubiera calificado de triste.

—Me parece que algo anda mal conmigo —dice H.H.

Verlo manipular así su burda osamenta artificial me resulta penoso; pero no se lo digo.

—Es normal que pase —lo tranquilizo—. Tarde o temprano también tenía que sucederte.

—¿Qué cosa, Harumi?

—Envejecer.

El hombre de hojalata mueve la cabeza, negando, enfáticamente.

—Creo que me estoy oxidando.

Y para evidenciar lo dicho, mueve otra vez los pernos de sus antebrazos y los oye rechinar agudamente, una, dos, tres veces, antes de detenerse. Ahora no cabe duda. Hace lo mismo con el resto de su cuerpo, y al rato concluimos que las cosas no parecen lucir mejor que antes.

—¿Será así la muerte?

—No lo sé —le digo.

—¿Cómo que no lo sabes? —dice él, regañándome—. Se supone que todo lo sabes.

Hace mucho que sostuvimos esta conversación; creo recordarla. Pero ahora estoy exhausto y viejo y comprendo que nunca acabará de creer lo que yo le diga, no importa cuántas veces se lo repita. Pronto tampoco lo creeré yo mismo: habré olvidado, acaso, todo lo que le dije alguna vez. Esa es la verdad de esta historia.

—No lo sé —repito, avergonzado, y vuelvo al diario.

—Pues deberías —concluye.

Y, como si no me hubiera oído, sigue haciendo sonar sus viejas vértebras de lata, sólo para hacerme rabiar.

Hubo un tiempo en que H.H. y yo fuimos objeto de atención. Teníamos un pasatiempo rentable que nos permitía viajar por Ciudad Esmeralda, haciendo alarde de cierta fama de imbatibles. El hombre de hojalata jugaba al ajedrez y yo retaba a los que pudieran hacerlo, desplegaba una silla y me sentaba en mitad de una plaza, acomodaba las piezas sobre una mesita ajedrezada y esperaba a que alguien, no importaba quien, rellenara el gran sombrero de copa que había pertenecido a mi bisabuelo y que ahora servía para legitimar cualquier apuesta que llegara. No faltaron nunca reñidores ni pendencieros. Quiero decir, lo que uno espera que haya en cualquier ciudad. Hace mucho que los caballeros dejaron de jugar al ajedrez para dedicarse a oficios más rentables, por lo que no fue con ellos, finalmente, con quienes

debimos lidiar una vez que salimos a la calle. Hay una vaga jactancia en el ser humano que le hace imposible aceptar la derrota frente a cualquier artefacto. Perder contra un objeto es perder contra uno mismo y esa es, si se piensa, la derrota más difícil de asimilar para las personas. No pasó mucho tiempo para que H.H. se acostumbrara a ganar, ni para que la fama de su inusual mecanismo se regara por todo el condado. Jugaba conmigo, al principio, optimizando su rendimiento; pero al poco tiempo llegó a superar incluso mis propias habilidades, que no eran pocas, y ese mismo día, al caer la tarde, traspasamos por fin los confines de la ciudad, pensando que haríamos dinero y que volveríamos más temprano que tarde para echar raíces en ella. En cierto modo no me equivoqué. El sombrero se fue llenando de victorias luminosas y mi trayecto no tardó en alargarse sobre los siguientes ocho condados, como se alarga la reputación de un hombre que carga a cuestas algo más que la propia sombra que abandonó en su tierra.

Una noche llegó a Esmeralda un tipo que decía llamarse Euwe. Yo le tendí la mano en señal de bienvenida y, por la fricción húmeda de sus dedos, supe de inmediato que tendríamos problemas. Tenía un gran bigote rojo saltándole de la cara y, un trato educado que a los pocos minutos, de tan artificial, acababa por resultar incómodo.

—Me han dicho que su mono mecánico es invencible —afirmó, a manera de desafío.

Tenía un séquito más o menos grande y singular: una mujer raquítica, excesivamente maquillada, que lo tomaba del brazo; y, dos enormes negros, vestidos con trajes verdes, que los escoltaban sin ocultar su rudeza.

—Así es —respondí, ignorando el alarde de su saludo—. Y, en lo que mí respecta, ningún mono orgánico ha podido vencerlo hasta ahora.

Euwe sonrió.

—Por eso estoy aquí, caballero.

Deslizó su abrigo y lo dejó flotando sobre la silla. Salvo por una mujer gorda que barría el suelo de los pasillos, él y la comitiva eran los únicos visitantes que todavía permanecían en el hostal.

—Réteme.

La provocación no podía ser más inoportuna. En poco menos de una hora me esperaba una cita con el Dr. Gustav Grumblat. Había reservado una nueva partida con H.H. desde mucho antes de la llegada del invierno, y esperaba que esta vez su juego demostraría algún desperfecto, alguna imperfección en el embuste que suponía mi máquina. La gracia había costado una buena cantidad de billetes, mucho más que la primera vez, de modo que así se lo comuniqué a Euwe. Era difícil arruinar un acuerdo tan jugoso como el que había conseguido con Grumblat, y sabía que sólo tenía esta oportunidad para convencerlo de que el hombre de hojalata no era una superchería más, de aquellas que iba ingeniándoselas el viejo mundo en traernos a esta parte de la tierra. Dije que volveríamos para las once y que, para entonces, tanto el mono mecánico como yo tendríamos el gusto de complacer su solicitud; pero algo en los ojos de Euwe brilló con la obtusa oscuridad de la bravata, mientras metía la mano al bolsillo.

Creí que sacaría un arma, pero sacó en cambio un grueso fajo de billetes, que hizo sonar como si fuera una baraja.

—Usted no me ha entendido bien —dijo Euwe, poniendo el dinero sobre la mesa—. Hice cuatrocientos kilómetros sólo para probarle a esta dama que el verdadero artificio de un hombre no está en imitar la inteligencia sino en ponerla en práctica.

Me fijé entonces en la mujer, el emplasto tibio que abultaba su rostro, empalideciéndola, y supe que era a ella a quien debía temer y no a su partidario ni a sus esbirros.

Sabiéndome acorralado, acepté.

Miré el reloj que descorrí de la manga y supuse con optimismo que en treinta minutos H.H. habría dado cuenta de los alardes de Euwe. Quizá con algo de suerte el Dr. Grumblat aceptaría una excusa. Quizá con un poco de habilidad podríamos sacarle algún provecho a esta escena que ya resultaba molesta. Terminé aceptando que la ocasión podría acabar por ser una buena excusa para dejar la ciudad, algo que hasta entonces no había estado entre mis planes, y que esa noche pareció delinearse con absoluta lógica.

Hice una venia y subí a mi habitación en busca de H.H.

Lo encontré en la sala mirando fijamente a una abeja que tejía formas pentagonales, mientras intentaba atravesar, sin éxito, el vidrio de una de las

ventanas.

—Necesito treinta minutos más —dije, esperándolo junto a la puerta—, treinta minutos más, o lo que necesites, antes de jugar con Grumblat. Luego volveremos a casa. Te lo prometo.

Si alguien me preguntara ahora cómo comencé a emplear a H.H. en las apuestas, no sabría qué responder. Diría que fue la necesidad; pero el origen en realidad se ha perdido con el deterioro de mi cerebro, que terminó llevándose consigo los primeros años de mi juventud y, con ellos, los proyectos que

H.H. fue antes de convertirse en el accidente que es ahora. Quizá podría emplear una historia, la historia de otros hombres, para completar la ausencia de la mía. Pero sospecho que, incluso esto, ya lo hice alguna vez. Hace dos días encontré un libro en mi biblioteca y lo leí con deleite, sorprendido de estar repitiendo, involuntariamente, un placer antiguo. Tenía, por lo pronto, anotaciones con mi letra, de eso no tengo dudas; llenaban todos los bordes de las páginas, pero nada de lo que estaba escrito en ellas dejó de resultarme extraño. Era una historia simple, en cualquier caso. Un autómata ajedrecista, vestido de turco. Un famoso relojero de la corte de Viena. Luego, un tal Johann Nepomuk Maelzel. La máquina viajó por el mundo exhibiendo su particular ingenio durante medio siglo. Solía tener una buena marca encima, hasta el día que la pillaron en un pequeño pueblo de Baltimore. Se escuchó entonces a alguien dando gritos de auxilio y, fue tanto el escándalo que produjo, que cuando los causantes se dieron cuenta de lo que había pasado, ya era tarde; una multitud se había congregado a su alrededor. Los gritos provenían de una vieja caja de madera familiar. Acudió un ebanista, a falta de un carpintero, y de las entrañas del artefacto, forradas por caprichosas paredes de espejos, sacaron a un enano casi muerto de asfixia. Supongo que conocerán la anécdota. Aquél día la fama de Maelzel, último heredero del artificio del barón Von Kempelen, fue sustituida por la de estafador y mercachifle. Pocos, incluido el penetrante Poe, fueron capaces de admirar su maravilloso mecanismo, que acabó perdiéndose el día que un incendio lo redujo a cenizas y su secreto se perdió para siempre en un museo de Filadelfia. Nunca ha sido

nadie capaz de ocultar a un hombre la naturaleza de otro hombre con tanta perspicacia, mostrándole al mismo tiempo, su propia miseria.

Esto mismo se lo dije a Euwe aquella noche, mientras iba llenando su mano con el dinero del sombrero: tres meses de apuestas itinerantes, perdidas en tan sólo cinco minutos. Le dije también que había tenido el privilegio de ser el primero en presenciar la anomalía de la perfección. ¿No le recordaba aquel accidente un viejo y escamoteado mito? ¿No le sonaba familiar aquella vida primitiva que asomaba en el error, mínima, invisible, para contaminar para siempre la perfección de un paraíso inmóvil?

Por supuesto, Euwe me ignoró.

Cuando acabé de pagarle, recogió su sombrero y su abrigo y no lo volví a ver de nuevo. En cambio, durante casi una hora, los dos negros se ocuparon de golpearme en la calle, mientras su dueña fumaba un largo y delicado cigarrillo. Lo recuerdo aún, porque me pareció notar que la mujer encontraba cierto placer en el espectáculo; inhalaba, entornando los ojos; no sonreía, pero era como si lo hiciera. Los negros me patearon hasta que se les cansó el cuerpo. Eso quiero creer, aunque en realidad estoy seguro de que esperaban a que el cigarrillo de la dama se apagara. No sé cuántas veces lo encendió: acababa uno y encendía otro de inmediato. Al final de la noche, o al comienzo del día (aquí mi recuerdo se hace vago) ella apretó la última colilla con sus altos zapatos de tacón, y yo tenía cinco costillas rotas y la mandíbula fracturada en trece pequeños fragmentos. Me arrastraron como si fuera el desecho de mí mismo hasta la habitación del hostal, y en ella me abandonaron para que yo pudiera endeudarme por otros tres meses y dos semanas antes de regresar a casa.

—¿Recuerdas la tarde en que Euwe te derrotó en Esmeralda? —le pregunto al hombre de hojalata.

El sonido de sus articulaciones cesa momentáneamente. Por primera vez, en mucho tiempo, oigo la fricción de dos patitas jugando a ser violín: un grillo acaso perdido en los jardines; los ojos de H.H. traspasando la débil barrera que nos incomunica, como si fuera una linterna.

—Sí —dice, inmóvil—: Hace mucho de eso, ¿no es verdad?

—Supongo que lo hicieron porque me consideraron un embaucador —reflexiono en voz alta.

—O porque en verdad lo fuiste.

—Eso no significa nada —respondo, algo incómodo—. Todos acabamos, de alguna manera, por defraudarnos a nosotros mismos.

—¿En qué sentido?

—Por ejemplo, esa noche —doblo el diario y lo dejo a un lado de la repisa, ignorando el alcance real de su pregunta—; yo estaba seguro de que ganarías. O que al menos le ganarías a Grumblat. Que saldríamos de esta ciudad con una pequeña fortuna en el sombrero.

Supe luego que la mujer se llamaba Carol. Carol Grumblat. Y que había gastado una fortuna sólo para que Euwe viajara del norte y me diera la paliza que luego sus dos negros complementaron con tanto profesionalismo.

—Sólo hay algo que nunca llegué a comprender —digo, como si quisiera que H.H. me respondiera—. ¿Por qué no quería que jugaras con su padre? Es algo que me gustaría saber. Al menos, antes de olvidar por completo esta anécdota —miro el borde de la ventana abierta a la noche y cierro los ojos, como si allá, lejos, fuera a encontrar la respuesta—. ¿Por qué acepté que jugaras con Euwe en primer lugar?

H.H. ha permanecido callado, y, cuando abro los ojos, lo encuentro jugando con sus dos manos. Ha descubierto que sus dedos pueden entrelazarse y que, cuando los mueve, también crujen.

—¿Por qué lo dejaste ganar? —lo interrumpo.

No tengo dudas sobre aquello. Nunca las he tenido, y estos quince años, he podido elaborar varias hipótesis que ahora, al menos desde que se negó a seguir rompiendo nueces, H.H. se encuentra en capacidad de responderme.

—No lo sé —dice.

No me engaña; muevo la cabeza.

—¿Te disgustó que no te dejara libre esa noche como te prometí?

El grillo nos deja solos por un instante, pero tardo en darme cuenta, y cuando lo hago, sus patitas se lamen nuevamente, han reiniciado otra vez su

propio sonido sin sonido.

—Supongo que no quería morir —dice H.H.—. Pero ahora que lo pienso, ya no estoy tan seguro.

Les puedo asegurar una cosa: me gusta el nuevo H.H. porque me deja ganar al ajedrez. Lo sé porque el hecho de perder lo hace extrañamente feliz. Así como a mí ganar me hace sentir extrañamente vivo. Supongo que ambas imperfecciones significan lo mismo. Pero no me atrevería a compartir este pensamiento con él, al menos no en voz alta, porque últimamente H.H. ha estado bastante susceptible a las definiciones, a las exactitudes, como si fuera un niño que descubre el mundo, y sus significados estrictos y su incapacidad para encajarlos en la lógica propia del mundo, no adolecieran ya lo suficiente de una concesión en extremo dócil para ser expresada con las pocas palabras que poseemos.

El día que se negó a romper una nuez no lo examiné. ¿Para qué hacerlo? Esa tarde hizo unos dibujos que otro hubiera encontrado interesantes. Pero a mí no me preocupa su alma. Sabía que aprendía, sólo eso. Nunca fui capaz de darle un corazón y ahora que lo tenía, no sería capaz de quitárselo. Lo demás, ciertamente, no tiene importancia. Eran ceremonias, no necesidades, las que yo tenía en mente. Soy un hombre viejo que no tiene hijos ni amigos que no estén muertos. Mi única necesidad fue siempre la compañía. Pero eso lo sé sólo ahora que empiezo a olvidar incluso cómo me llamo. En cierto modo, que H.H. se arruinara significó el comienzo del nuevo gran proyecto de mi vida. Me refiero a que hacía mucho que no sabía lo que era leer el diario porque sólo escuchaba su voz.

Mis manos descubrieron su flexibilidad y mis ojos resistieron un poco mejor la luz del día. Hice el esfuerzo por caminar. Y esa misma tarde caminé sin necesidad de artefactos hasta que se me cansaron las piernas. Cada mañana camino hasta la cocina y escucho ahí, con renovada fascinación, el sonido del café cayendo en mi taza y siento el calor de sus granos abriéndose paso, como si cayera una tibia ducha mañanera, sobre mis hombros. En esas ocasiones poco más siento por él, que una inmensa gratitud por hacerse humano. Por ser lo que yo, gradualmente, estoy olvidando.

—Hay un síndrome —digo, llamando su atención, por primera vez en la noche—: creo que tú lo has adquirido.

H.H. se apoya sobre el sofá y me mira con curiosidad.

—Cotard —añado luego:

—Es un delirio de negación. Creo que estás fascinado con la idea de estar muerto.

Acababa de despertar al lado del diario, y miré al hombre de hojalata como quien mira un espejismo turbio, un reflujo concentrado que va lavándose en la calle tras una noche de borrascas. Por un momento no supe quien era él: el Alzheimer, me lo dijo el médico, es como un filtro que deshace la percepción del mundo; es como una vela que derrite su propia cera; como si pagara el precio por haber vivido más tiempo del que tenía. Lo miré a través de aquella membrana legañosa. Y, por último, lo reconocí. Seguía haciendo tronar su brazo como si fuera a desencajarlo, obstinado aún en ese sonido de galleta crujiente que empezaba a ocupar la habitación entera.

—Es difícil que mueras —digo, sintiendo cómo la modorra repta tibiamente por mi espinazo—. Antes tendría que morir el enano que te habita y hace que muevas las piezas.

El hombre de hojalata entiende: no es tonto.

Supongo que en un par de semanas o meses ya no recordaré quién es. Ni siquiera recordaré quién era yo.

Ahora que siento mi deterioro, me resulta curioso reconocer la manera cómo selecciona el cerebro estas primeras etapas de degeneración. No recuerdo el nombre de mi madre, y en cambio tengo intacta la imagen de un sueño, algo que pasó de modo fugaz mientras me restablecía en el hostal, poco después de la paliza. Estoy sentado frente a H.H. y una máquina semejante a él mueve un peón, dos casillas al centro de un tablero, delante del rey. Sé que los he construido a ambos y ahora espero a que terminen la partida que han empezado a solicitud mía. No sé cuánto tiempo estaré delante. Sólo sé que ninguno de los dos es capaz de perder.

Le pido que me ayude a levantarme y H.H. asiente, con la condición de que le explique más sobre todo aquello.

Digo que sí, más por necesidad, que por una buena intención de mi parte. Lo único que tengo claro es que la espalda me duele y quiero recostarme en la habitación. Hay algo en ella que me hace sentir cómodo: algo sensorial, automático; un olor, un reflejo, tal vez un ángulo. Mientras me ayuda a caminar, intento recordar las primeras luces que encendieron al hombre de hojalata, quizá en este mismo lugar. Pero la imagen no llega.

—¿Será así la muerte?

Estoy en la cama y escucho el crujido de su estructura de madera acomodándose a mi cuerpo.

Me imagino la muerte, sí. Y, por un momento, juego a que la recuerdo. ¿Qué pasará cuando ya ni siquiera la espere, cuando toda mi vida, bajo ese instante que le da volumen al pasado, se haga hueca, lineal, transparente, tal vez como es ahora mismo para el propio H.H.? Nada hay que responda a tan sencilla ecuación logarítmica capaz de crearle la vida a un ser de cables y fluidos como su propia negación. Existes porque podrías no hacerlo. ¿No es eso suficiente? Me pregunto si no habrá sido siempre así: mucho más sencillo vivir porque morimos, o recordar porque olvidamos, o decir porque sencillamente sabemos que, en algún momento, alguien nos mandará callar.

—No lo sé —repito.

—Tengo curiosidad por saber —dice H.H.—, sólo eso.

—Es sencillo en tu caso —digo, acariciando la dura textura de su artificio, ya viejo y maltrecho por la falta del mantenimiento que no soy capaz de darle desde que empecé a olvidar las cosas.

Siento vergüenza al escuchar el crujido de su cuello asintiendo, pero nada digo.

Le señalo, en cambio, un pequeño broche en forma de corazón que adorna su pecho:

—Cuando lo quites de aquí —me escucho decirle—, habrás muerto.

El secreto enciende su cara, plana, metálica, luminosa. Y ahora sé que podrá hacer con su vida lo que quiera, y que a partir de este momento, de

alguna forma, vamos a ir en direcciones distintas.

—¿Y tú, Harumi?

Sé que ambos compartimos la curiosidad. Pero a mí difícilmente me hace falta comprobar que estuve vivo. Me acomodo sobre la cama y oriento sus manos duras sobre el almohadón de plumas, pidiéndole que cubra mi cara con él cuando sepa que esté dormido.

No sé si lo hará.

Pero, por si despierto y estoy muerto, pienso en un recuerdo.

En uno.

Y esa voz que lo trae todavía suena como la mía.

CARLOS YUSHIMITO (1977)

Nació en Lima. Ha publicado los libros de cuentos *El mago* (Sarita Cartonera, 2004), *Las islas* (Sic, 2006), Equis (Matapalo Cartonera, 2009) y *Lecciones para un niño que llega tarde* (Duomo, 2011). Sus relatos han sido traducidos al inglés, portugués y francés, y publicados en diversas antologías. Actualmente estudia un doctorado en Estudios Hispánicos en la Universidad de Brown, EE.UU. En 2011 fue seleccionado por la revista británica *Granta* como uno de los mejores narradores jóvenes en español menores de 35 años.